

# La Barbie Perfecta

Lilian de Cózar González



# Capítulo 1

## Abby

Reí con fuerza mientras la música sonaba por toda la discoteca. Mis amigas y yo nos movíamos siguiendo el ritmo lo mejor que podíamos en aquel lugar atestado de gente, mientras algunos de ellos hacían esfuerzos por apartar a los que tenían a su alrededor para tener más espacio para ellos. Vi como alguna que otra vez derramaba un poco de mi bebida sobre mis botas, sin embargo, no le di la menor importancia. ¡Me lo estaba pasando en grande!

Cuando me empiezo a sentir más mareada, me apoyo en mi amiga para evitar caerme quien pronto comienza a tambalearse hacia un chico que tiene detrás. ¡Qué diablos! ¡Ella está peor que yo!

Airada vuelvo a situarme en mi antiguo sitio y sigo bebiendo mientras permito que todo el alcohol que llevo dentro tome posesión de mi cuerpo haciendo que me balancee aún más hacia los lados. ¡Madre mía, mañana no soy persona! Sonrío.

Sabía que no estaba bien beber tanto siendo menor, ¿pero a quién le importaba? Ellos eran los que nos habían dejado pasar primer dentro y para que engañarnos, estar aquí era mucho mejor que estar en aquella mansión más fría que el mismísimo polo norte.

Siento como el vestido se me sube hacia arriba y con los dedos, tiro de los pliegues hacia abajo antes de beber un poco más de mi bebida. Veo como Lydia comienza a dar saltos y yo, con una sonrisa boba, comienzo a imitarla.

Siento como los varios mechones de mi pelo se pegan en mi cuello y en mi cara a causa del sudor. Así que los separo con la mano que tengo libre antes de empezar a abanicarme con la misma.

Sinceramente no puedo dejar de pensar que no hay mejor sitio que este para pasar la noche. Música, chicos, baile, alcohol, más chicos...

Cuando me termino mi bebida, voy de camino a la barra donde un camarero atiende rápidamente a todos lo mejor que puede, aunque podría hacerlo mejor.

-¡Ey, camarero! -lo llamo- ¡Ponme algo caliente!

El camarero me sirve algo, no sé el qué y cuando estoy a punto de pagar, alguien intercede por mí.

-Yo pagaré por la señorita -dice un joven pelirrojo con una amplia sonrisa que se me hace repugnante. ¿En serio intentaba ligar conmigo? Sin decir nada, dejo que me invite y luego, me largo. No hay mal que por bien no venga o en mi caso, si consigo la bebida gratis, mejor que mejor.

Le doy un trago, dejando entrar el calor de la bebida por mi garganta y me doy cuenta de que esto debe de tener más alcohol que otra cosa.

Llego de nuevo con mis amigas y me pongo a bailar dando vueltas alrededor de la pista. Quiero bailar hasta que no pueda recordar nada, hasta que lo olvide todo.

De repente, se me acerca un chico por lo menos medio metro más bajito que yo, con un pelo tan graso que podría decirse que no se había lavado en por lo menos dos semanas. Arrugo la nariz asqueada y, a medida que se iba acercando cual pato mareado intentando seguir la canción, me fijo en su ropa. Llevaba unos vaqueros acampanados... ¿Acampanados?

Incrédula. Vuelvo a mirarlo. ¿Hola? Este chico vive en otro siglo... y lleva una sosa camisa de franela a cuadros roja y negra. Madre mía, quien lo mandó a venir aquí. Sudado como un pollo, me mira con intenciones de bailar conmigo. Cuando está a mi lado, intenta acercarse a mi oreja para decirme algo, pero yo lo aparto poniéndole la mano sobre la cara.

-¡ug -digo mientras limpio mi mano ahora pringosa por su sudor sobre mi vestido. Iba a tener que tirarlo después. Le pongo cara de asco e inmediatamente intento hacerme hueco entre la gente para alejarme de él.

No sé que cara habrá puesto cuando me alejo, solo sé que mis amigas se acercan a mi riéndose posiblemente de él.

-¿Has visto su cara? -me pregunta una de ellas, confirmando mi teoría.

-¡Asqueroso! -contesto con burla.

Vuelvo mi mirada al chico que ahora me mira apenado. Yo solo le devuelvo una mirada llena de asco y saco la lengua. Que ni se le ocurra volver a acercarse.

-Encima creía tener alguna posibilidad conmigo -reí y mis amigas me siguieron-. Patético.

\*\*\*\*

El resto de la noche pasa entre risas y burlas y, cuando regreso a casa, es tan tarde que me da pereza quitarme todo el maquillaje, pero hago el esfuerzo.

Mientras voy al cuarto de baño para coger una toalla desmaquillante, me suena el teléfono por lo que lo cojo y miro la pantalla.

**Jason 07:57 a.m.:**

**Oye nena, ¿quedamos mañana?**

Sonrí para mí misma mirando la pantalla del celular mientras me muerdo el labio inferior. Era mi ex, Jason.

**Abby 07:59 a.m.:**

**¿Ya me echas de menos? No hace ni 10 h que nos hemos visto, cariño.**

A los pocos segundos, me responde:

**Jason 07:59 a.m.:**

**Mi polla te reclama, nena.**

Suelto una carcajada y me siento en mi cama. Este chico no ha

cambiado en nada desde que lo conozco.

**Abby 08:01 a.m.:**

**No sé, no me lo creo :)**

Le doy a enviar con la esperanza de que se pique y me mande algo interesante, pero en lugar de eso, me ruega.

**Jason 08:01 a.m.:**

**Venga nena. Apenas son las 8 de la mañana. Solo di que sí.**

Lo medito un segundo y accedo. Me vendría bien algo de entretenimiento.

**Abby 08:02 a.m.:**

**Muy bien. A las 6 p.m. en mi casa y prepárate porque te voy a dejar seco ;)**

Lo envío y me rio interiormente.

**Jason 08:02 a.m.:**

**Lo estaré esperando, nena.**

Apago el teléfono y lo conecto al cargador que cuelga a un lado de mi cama. Luego me levanto y me quito las botas y el vestido. Por último, lo dejo encima de mi cómoda y me pongo mi camiseta ancha de la revista Vogue. Era bastante antigua, pero era la que más me gustaba para

irme a la cama.

Me termino de quitar el maquillaje y me lavo los dientes. Después me dispongo a ir a la cama. Miro el reloj. Las ocho y media... entre una cosa y otra se me había ido el tiempo rápido. Cojo mi antifaz para dormir y, por último, apago la luz de mi lamparita, fundiéndome en un profundo sueño acurrucada entre los brazos de Morfeo.

Mañana me esperaba un día movidito pensé mientras sonreía.

\*\*\*\*

El diluvio que caía sobre las calles era increíblemente fuerte. Por suerte no tendría que salir de casa, pero me molestaba pensar que Jason iba a mojar el suelo con sus zapatos sucios por el barro y la lluvia. Resoplé recostada en la cama, mirando el teléfono casi con aburrimiento.

Si llegaba a saber que me iba a aburrir tanto, le hubiera dicho que viniera antes. Aunque pensándolo mejor, casi prefería decirle que no viniera y así me ahorraaba tener que soportar sus tonterías de niño bonito.

Miré el reloj, las cuatro y media... Puff. Será mejor que coma algo.

Perezosa, me levanto de la cama para prepararme algo rápido en la cocina y coger una pastilla con urgencia. Me preparé rápidamente un sándwich que trasladé junto con un vaso de agua a la mesita del salón. Lo coloqué todo en ella antes de tomarme la pastilla y, por último, me pongo a ver mi serie favorita mientras almuerzo: Crónicas Vampíricas.

-Ay Daimon, a ti sí que te mordía yo -comenté fantaseando mientras le daba un bocado a mi sándwich.

Terminé de comérmelo en poco tiempo y, aprovechando que estaba sola, hice a un lado el plato con delicadeza, apoyé mis pies descalzos sobre la mesita y me recosté en el sofá. No había nada mejor que un sábado por la tarde viendo una serie de vampiros en la televisión.

Mi teléfono vibró un par de veces, así que lo cogí. Tenía varios mensajes de Samantha y un par de fotos de una chica bastante flaca y pálida con una gran camiseta verde que hacía que sus ojos se vieran más oscuros. Me reí. Se veía ridícula.

Le contesté rápidamente a mi amiga, dejando muy en claro que esa chica se veía horrorosa. ¿Cómo podía llevar algo así puesto? ¡Parecía un saco de patatas vestido de verde! A más de una de nuestro instituto le harían falta unos consejos sobre moda. Reí. Eché un vistazo al reloj, las cinco y media. Jason estaría aquí dentro de poco. Tomaré una ducha antes de que llegue.

Caminé hacia el cuarto de baño y una vez allí, me desvestí y abrí la llave de la ducha.

Al igual que la mayoría de los días, la casa se encontraba vacía y en este momento, era el sonido del agua cayendo lo que llenaba aquel lugar al que llamaba hogar. Una casa demasiado grande para una única persona y con unos padres que nunca estaban allí. Era por esa misma razón que disfrutaba de ciertas visitas.

Sonreí debajo del agua. Me sentía refrescada después de una noche de fiesta y lo que estaba por venir, era aún mejor. Salí de la ducha y me envolví en una toalla. Caminé por el pasillo hasta llegar a mi habitación y allí abrí mi cómoda y comencé a rebuscar en él.

-Soy demasiado desordenada -refunfuñé mientras buscaba algo en específico-. ¡Aquí está!

Saqué de la cómoda un conjunto de lencería que me encantaba. No era uno de mis mejores conjuntos, pero tampoco quería esmerarme mucho por mi ex. Dejé la toalla detrás de mi puerta y me puse el conjunto. Luego, me puse una camiseta ancha rosa que hacía de vestido. Miré el reloj, tiene que estar al caer, pero antes necesito una copa.

Me dirijo a la cocina de donde cojo una copa de cristal y una de mis botellas de licor favoritas. Me echo una copa bastante cargada y, por último, me enciendo un cigarrillo. Le doy una calada seguido de un sorbo a mi copa.

-Que bueno está -lo disfruto.

Suena el timbre de la casa, así que me termino el cigarro y aligero la copa antes de irme. Me encamino hacia la puerta de entrada y allí se encontraba él, apoyado en el umbral.

-Hola Jason -saludo con voz aterciopelada.

Él sonrío y sus ojos azules resaltan con la poca luz que se ve en

las calles. Era un día bastante nublado.

-Hola nena -me saluda sin despegarse del umbral. Una amplia sonrisa se dibujaba tras ese rostro lleno de un evidente deseo. Aunque más que deseo, yo diría lascivo-. ¿Me dejas pasar?

La fría brisa acaricia mis mejillas y me hago a un lado sin dejar mi sonrisa.

-Adelante, estás en tu casa -lo invito.

Jason entra en mi casa sin limpiarse los zapatos y me mancha el suelo. Qué asco. Eso no pensaba limpiarlo yo luego.

Suelto un pequeño bufido y empiezo a caminar por delante de él mientras contoneo mis caderas.

-¿Vienes? -pregunto al mismo tiempo que lo miro, coqueta.

Él sonrío y me sigue hasta mi habitación.

-¿Te apetece algo? ¿Prefieres algo de comer o de beber? -le pregunto deteniéndome en el marco de la puerta.

Él gruñe y me mira felinamente. Por un momento, sus ojos se vuelven de un azul más oscuro. Idos por el deseo y las ganas. Siento como las tripas se me encogen por un segundo antes de que se abalance sobre mí.

-Nena... -se acerca a mi y posa su boca contra mi cuello, rodeándome con sus brazos-. Lo que me apetece ahora eres tú.

Sonrío.

Dejo que bese mi cuello, pero no mi boca. Nadie besa mi boca. Él lo ignora y continúa el recorrido con sus manos hasta mis pechos. Cuando sujeta uno con una mano y empieza a apretarlo, soy consciente de que nada de lo que intenta va a conseguir el efecto deseado. Mejor dicho, se me habían quitado todas las ganas.

## Capítulo 2

### **Kim**

Me quedé mirando el reloj que se encontraba frente a mí, preguntándome cuánto tiempo permanecería ahí sentado hasta que me llamaran. Todavía no podía creer que estuviera aquí. Primer día y ya estaba en el despacho del director.

Bien hecho Kim. Eres todo un genio.

Moví la pierna con un nerviosismo evidente. Nunca había hecho nada malo, por no decir que mis padres me iban a matar como se enterasen. Peor aún, ¿y si les pedían que vinieran? Ay Dios, de esta no me libro. Kim, ya puedes darte por muerto.

Empecé a morderme la uña del pulgar. A cada segundo que pasaba, sentía más calor que antes y parecía no ser el único. Mi compañero se encontraba igual o peor que yo. ¿Cómo diantres habíamos terminado en esta situación?

Desde que había llegado a este instituto me sentía como si fuera un imán para los problemas. Y todo por culpa de esa maldita rubia...

Una mujer alta y morena se acerca a nosotros con un rostro severo y rígido. Por un segundo pienso que nos va a soltar algún reproche o algo, pero en cambio, solo nos dirige un par de palabras:

-Ya puede pasar, señor Ho -suelta.

La miro nervioso.

-¿Solo a mí?

-¿Acaso tengo cara de hablarle también a las paredes? Por supuesto que le hablo a usted, Señor Ho.

Aprieto las manos y asiento en silencio antes de levantarme.

-Gracias, señora.

Ella no responde y en su lugar, me da la espalda y se marcha sin siquiera

prestarme atención. Esa mujer no debía haberse reído en su vida.

Cuando me acerco hasta la puerta, veo como una chica sale de repente con cara de pocos amigos. Por un segundo, pienso que va a decir algo, pero solo me empuja y sale por el pasillo muy enfadada.

-Te lo vas a pasar bien. Ya verás cómo harás nuevos amigos, Kim -musito con una voz aguda mientras me acerco a la puerta-. Que poca razón tenía mi padre.

Cuando entro, me tomo mi tiempo para acostumbrarme a la falta de luz que había en aquella habitación. Si no fuera por los pequeños rayos de sol que se filtraban por aquella ventana, hubiera pensado que el director era un vampiro.

Cuando estoy a punto de sentarme, ahogo un grito al ver la figura de un dragón rojo detrás de su escritorio y maldigo interiormente a quien tuvo la brillante idea de poner eso ahí.

No sé como no había podido verlo antes, pero desde luego la persona que trajo esa cosa no tenía muchas luces. Por el rabillo del ojo, veo al director que se encuentra en una esquina con un expediente en la mano mientras sonrío levemente. Seguro que se estaba riendo de mí por lo torpe que soy.

-Veo que ya has encontrado a mi pequeño -menciona mientras se acerca hasta su escritorio. ¿Esa cosa era de él?

-No sabía que le iba Dungeons and Dragons -respondo.

-¿Acaso a los chicos de tu edad no le gusta?

Me encojo de hombros. En realidad, no me iba mucho ese rollo.

-Por favor, toma asiento.

Hago lo que me pide y me siento frente a él en una de las sillas que hay delante de su escritorio. Rápidamente, comienzo a mover la pierna derecha con un tic nervioso. El director se toma su tiempo para limpiar las gafas con el borde de su jersey antes de volver a ponérselas sobre la nariz. Durante ese tiempo, siento como la tensión de mi cuerpo crece.

No quería que me expulsaran. Apenas habíamos llegado a la ciudad y no podía meterme en problemas ¿Qué le diría a mis padres?

-Creo que no hace falta que te diga por qué estás aquí, ¿verdad? -me

pregunta una vez ha terminado con su hazaña.

-No, señor.

-Bien -apoya ambos antebrazos sobre el escritorio y me mira-. Dime Kim, ¿qué motivos puede tener un chico como tú para meterse en problemas el primer día de clase? He leído tu expediente y no parece ser un chico problemático.

Cojo aire. Aquí era dónde debía decir la verdad y entonces él decidiría mi sanción, pero ¿cómo decirle que todo esto se había debido a una chica sin tener que dar demasiados detalles?

Alzó una ceja, invitándome a darle una explicación. Por un momento, me planteo mentirle. Inventarme una excusa y quitarme de en medio.

-¿Y bien? -insiste.

-Yo... Supongo que deberé comenzar por el inicio, ¿verdad? -pregunto algo incómodo. Me había echado para atrás. <<Cobarde>>.

-Evidentemente joven.

Cojo aire y lo dejo escapar lentamente antes de comenzar a relatar los hechos. En realidad, me vendría bien mencionar todo lo que había pasado desde el inicio. A ver si así me libraba de parte del marrón con un poco de suerte.

Me miré las manos antes de volver a mirarlo, mientras más tiempo tardara en contarle todo, más tarde saldría de este lugar.

“Mi familia y yo habíamos viajado desde Tennessee hasta Florida con la intención de tener un cambio de aires como lo había querido llamar mi padre.

Al principio me sentí contrariado, toda mi vida había sido allí, mis amigos estaban allí. Y que de la noche a la mañana tuviera que verme obligado a dejarla a un lado, no entraba precisamente en mis planes.

Ese mismo día había entrado en el instituto por primera vez. Ahora que tenía que comenzar todo desde cero, tenía la oportunidad de apuntarme al equipo de rugby o al menos intentarlo, sinceramente no era de las cosas que más me llamaban la atención, pero debía admitir que tenía algo de curiosidad.

Al principio, todo fue sencillo, tenía mi horario, sabía donde estaban mis clases y, no menos importante, sabía dónde encontrar a la entrenadora. Llegar al gimnasio era fácil, pero lo que más me sorprendió, fue ver como bañaban a alguien en granizado nada más entrar.

-¿Pero qué..? -pregunto para mí mismo realmente sorprendido. Me obligué a ignorar lo que estaba sucediendo mientras veía como lo sujetaban por el cuello de la camisa y le volvían a tirar un granizado por encima de la cabeza. No obstante, no puedo ignorarlo por mucho tiempo, eso no estaba bien. Lo que estaban haciendo estaba mal.

¿Pero qué podía hacer yo? Apenas era el nuevo y no conocía a nadie. El chico cruzó sus ojos con los míos por un instante. Me estaba pidiendo ayuda, pero yo me había quedado paralizado. No podía hacer nada por él.

Vi como lo lanzaron a un lado antes de que uno de ellos le diera un empujón tirándolo al suelo. Tenía que avisar a alguien.

-¿Se puede saber que están haciendo en mí gimnasio? -escuché una voz imponente aproximarse a nosotros. Creo que había encontrado a la entrenadora.

Los chicos deshicieron el círculo que rodeaba a aquel chico mientras ella se acercaba, estaba muy enfadada.

-Más os vale que no vuelva a veros por aquí cometiendo este tipo de vandalismos si no queréis veros en el despacho del director -espetó de brazos cruzados.

Los chicos no dijeron nada y, si lo hicieron, no se escuchó bajo los gritos de la entrenadora. Menuda potencia tenía esa mujer.

Cuando se fueron, vi como ayudaba al chico a levantarse e intercambiaba unas palabras con él. Acto seguido, este se fue y nos dejó solos a ambos.

Sentía como la importancia de lo sucedido empezaba a golpearme duramente de frente. Hasta entonces, no me había dado cuenta de lo que realmente había pasado. Notaba como mis mejillas comenzaba a calentarse por la vergüenza de como había actuado. Debí ayudarlo. No quedarme ahí parado como una estatua.

Miré a la entrenadora que se acercaba hacia mí. Con lo pálido que era seguro que se me notaba desde lejos el rojo de mis mejillas. Ella me miró y abrió la boca para hablar:

-¿Se puede saber que estabas haciendo ahí parado mientras se metían

con uno de tus compañeros?

-Yo... -tenía un nudo en la garganta-... Lo siento... Sé que no estuvo bien, tenía que haberle ayudado. Es lo menos que podía hacer si veía como se metían con alguien -cogí aire para seguir hablando-. Es solo que soy nuevo... Y no estoy acostumbrado a este lugar. De veras que lo siento mucho. Yo...

-Está bien -me cortó-. No hace falta que me sueltes todo ese discurso de carrerilla. Lo importante es que lo hayas entendido. Seas nuevo o no -me escudriñó con los ojos.

Tragué saliva. Para mi que ya no me iban a dejar entrar en el equipo de Rugby. Adiós a mi chaqueta del equipo señores.

-¿Y bien? -preguntó-. ¿Qué estás haciendo aquí chico?

-Venía a unirme al equipo de Rugby, señora.

Abrió los ojos y me miró de arriba abajo.

-¿Tú? -inquirió confusa-. ¿Planeas unirme con esas alitas de pollo que tienes por brazos?

Miré mis brazos. Tampoco era tan delgado. Era lo que llamarían "normal". Ni muy gordo ni muy flaco. Aunque creo que la culpa era de la chaqueta, siempre me hacía ver demasiado flaco.

-Mido 1,82 cm, eso debería de ser un punto a mi favor, ¿no?

La entrenadora se cruzó de brazos y pareció meditarlo unos segundos. Al final, dejó escapar un suspiro y dio media vuelta.

-Está bien, estás dentro, pero luego no me vengas llorando porque te has hecho pupa, chico.

La madre del cordero.

-¿Ya está? -dudé-. ¿No me va a hacer ninguna prueba? -a lo mejor hasta estaba metiendo la pata al preguntar. Yo y mi bocaza.

-No creo que te haga falta -respondió y yo sonreí. Ya estaba dentro.

El resto de la mañana fue tomando un mejor rumbo. Ahora que había conseguido mi chaqueta. El resto de mis compañeros me habían dado un recibimiento más o menos agradable en clase.

Lo peor vino después. Cuando había decidido ir a comer con mis nuevos amigos. Ellos, al igual que yo, pertenecían al equipo del instituto y se habían ofrecido a enseñarme cómo llegar al comedor para que conociera al resto del equipo.

Mientras esperábamos a los demás en el patio. Nos sentamos en una mesa de madera con los bancos anclados al suelo. Fue un tiempo agradable. Algunos me iban dando indicaciones sobre cuales eran las mejores fiestas, los populares, dónde ir, etc.

Ahí fue cuando la vi por primera vez. Fue solo un instante, pero sentí como mi corazón se había detenido por unos segundos. Por instinto contuve la respiración incapaz de alejar mis ojos de ella.

Su cabello rubio se movía sobre su espalda mientras caminaba con pasos contundentes junto a sus amigas. No me di cuenta de que me había quedado absorto mirándola durante el tiempo que se alejaba más y más de nosotros. Ni siquiera se detuvo a dirigirnos la palabra cuando uno de los chicos la saludó, quizá porque no lo conociera o porque no le importara.

Caminaba completamente erguida y con la cabeza alta y de vez en cuando, veía como contoneaba las caderas siguiendo el movimiento de su falda corta. Ahogué un suspiro. ¡Joder!

-¿Kim? -escuché que me llamaban, pero no fue hasta la tercera vez que reaccioné.

-¿Qué?

-Veo que has puesto tus ojos en la reina.

Arqueé ambas cejas. ¿Reina? ¡No me digas que era una de esas arpías estiradas que siempre había por los institutos!

-¿Quién? -pregunté temiendo su respuesta.

-La chica rubia que acabas de ver hace unos segundos -me especifica con una sonrisa el chico que tengo justo a mi lado. Creo que me había dicho que se llamaba Mike-. Su nombre es Abby, es muy conocida por aquí.

Asiento. Sinceramente no me extrañaba. Tenía ese cierto aire a "estirada" desde su cabeza hasta la punta de sus tacones. Solo le faltaba la coronita de oro con diamantes incrustados y ya era la princesita de barrio perfecta.

Aunque debía admitir que era muy guapa. No me habría importado hablar con ella alguna que otra vez, si supiera que me iba a hacer caso, claro. Porque por lo que había visto, era capaz de ignorar hasta al más guapo del equipo.

Aparté la vista del lugar por donde se había ido y miré a mi nuevo amigo.

-¿Algo más que deba saber?

Arqueó una ceja, divertido.

-¿Sobre Abby?

-Sobre todo -respondí. Ya que iba a permanecer en ese instituto, más me valía informarme bien de lo que se cocía en aquel sitio. No quería que yo y mi enorme bocaza metiéramos la pata.

-Solo unas cuantas normas del equipo -apuntó-. No te hables con pringados; si miras a una chica, no más de diez segundos a menos que pienses tirártela -arqueé una ceja. ¿Qué acababa de decir?-. Aquí hay una política muy rara sobre los ligues, no preguntes -contestó tras ver mi cara-. No te metas en problemas sino todos te tendrán en la mira todo el tiempo, además de que el equipo ya se metió en problemas hace un tiempo y si sancionan a uno más del equipo, nos dejen fuera de la liga; y por último, y no menos importante, si te encuentras con Abby, no le dirijas la palabra.

Fruncí el ceño.

-¿Por qué?

-No es alguien con quien debas tratar a menos que ella se acerque a ti primero -afirmó-. Son las normas chaval. Esta chica no es algo a lo que puedas aspirar tan fácilmente.

Asentí ante la nueva información que acababa de recibir. Por lo que parecía, aquella chica debía ser bastante difícil de tratar.

-Una última cosa -mencionó llamando mi atención-. ¿Trabajas?

-No -mentí.

Sonrió.

-Mejor. Este instituto prohíbe que los estudiantes trabajen así que si te

pillan puedes meterte en un lío.

Asentí. Me venía bien saberlo.

-¡Ey! ¡Chocolate blanco y chocolate negro, venid aquí ahora mismo! -nos gritó un chico.

Ambos nos miramos unos breves instantes hasta que nos dimos cuenta de que se refería a nosotros. Mike era bastante moreno, así que él debía de ser el chocolate negro y yo el chocolate blanco.

El chico que nos llamó era más o menos de nuestra misma altura. Yo diría que nos sacaba algunos centímetros, pero apenas se notaba. Cuando nos acercamos hasta él, pasó los brazos sobre nuestros hombros y nos acercó aún más.

-¡Bienvenidos al equipo chavales! ¡Más os vale hacerlo bien o yo mismo os lanzaré a la primera piscina que encuentre! -objetó sonriendo. Luego nos soltó y nos dio un empujón a ambos-. ¡Ahora andando que me muero de hambre!

Todos caminamos hacia el comedor entre charlas y risas, pero tan rápido como entramos, fueron detenidas por un fuerte grito procedente de la barra donde nos servían la comida.

-¿Acaso estás ciega o no te enseñaron a usar el cerebro? -espetó una voz femenina.

Lo primero que pensé de aquella voz es que era demasiado fina y dulce para lo que salía por aquella boca. No vi bien lo que estaba sucediendo porque las rodeaban un grupo de gente, sin embargo, era incapaz de obviar aquella cabellera rubia que sobresalía sobre las demás cabezas. Era simplemente demasiado perfecta.

Me quedé mirando como un niño pequeño como las personas se acercaban aún más al lugar dónde se producía la pelea y se callaban para escuchar lo que sucedía.

-Vaya, primer día y ya consigues ver a Abby dos veces -mencionó Mike mientras apoyaba su brazo en mi hombro-. Felicidades.

Abrí la boca para decir algo, pero no sabía qué decir realmente, estaba

demasiado estupefacto por la situación.

-¿Nadie va a hacer nada? -pregunté casi queriendo correr hasta allí para detenerlas.

-No es buena idea meterse en la lista negra de aquella chica, chaval -explicó-. Además, ya te dije las normas. Nada de meterse en peleas.

Asentí con un pesar en el estómago. Quería acudir en su ayuda.

-¿Y los profesores?

Dejó mi hombro libre y se rascó la cabeza.

-Andarán por ahí perdidos. Sinceramente, a nadie le importa lo que suceda y mucho menos a los profesores.

Inspiré profundamente. Menudo sitio en el que me había metido.

Escuché como un fuerte estruendo se formaba dentro del círculo y un lloriqueo asomaba de allí. ¿Le había pegado?

No pude ver nada, pero tan pronto como los demás comenzaron a animar la pelea, dejé que mi cuerpo se moviera por sí solo y fui en dirección al grupo. Podía escuchar como Mike me llama a mi espalda, sin embargo, no podía detenerme. No iba a permitir otra injusticia.

Empujé a las personas que tenía a mi alrededor y, una a una, fueron permitiéndome el paso para adentrarme al campo de batalla. Cuando llegué, lo que estaba viendo me sorprendió.

En el suelo había un charco de sangre y la chica que estaba llorando se tapaba la cara mientras algunas gotas de aquel líquido rojo se escurrían entre sus dedos. ¿Pero qué narices acaba de pasar?

Sorprendido, miré a la chica rubia. Ahora ya no me parecía tan bonita como antes. Sus ojos azules me miraron fijamente. Analizándome.

Eran penetrantes y oscuros y, al mismo tiempo, brillaban con energía y furia. Sentía como nuevamente mi corazón se detenía al verla. Parecía una muñeca de cerca. Su piel era pálida y sus ojos grandes, de un azul increíblemente hermoso. Sus labios se veían carnosos y me incitaban a besarlos. No podía apartar mis ojos de ella.

Se tomó un tiempo para mirarme que me permitió espabilarme y acercarme a la chica que seguía tirada en el suelo mientras la rubia daba

unos pasos hacia atrás.

-¿Y tú quién eres? -me preguntó poco sorprendida. Más bien, parecía que quería lanzarme fuera de allí y de paso, prenderme fuego en una hoguera.

-¿Por qué le has hecho esto? -pregunté enfadado al tiempo que me aseguraba de que no tenía nada grave. Gracias a Dios solo había sido un pequeño corte en la frente, pero madre mía, como sangraba.

-Es su culpa por no hacer las cosas bien.

Me levanté para mirarla. Apenas me llegaba a la altura de los hombros y su mirada seguía siendo tan profunda y tan dura como antes.

Si en algún momento había pensado que podría gustarme, estaba equivocado.

-Si ha cometido un error, simplemente podrías habérselo dicho de buenas maneras.

Arqueó una ceja.

-¿Tengo cara de querer perder el tiempo?

<<Yo diría todo lo contrario>>

-Aun así, no está bien -contesté en su lugar.

Sonrió.

-Debes de ser nuevo por lo que veo.

-¿Algún problema con eso? --pregunté. ¡Mierda, Kim! ¿Qué te habían dicho? Nada de peleas. ¡Y encima con esta chica con la que nadie parecía querer tener problemas!

Yo y mi magnífica bocota.

Su mirada se oscureció.

-Lárgate de mí vista.

Inspiré hondo. Esto me iba a meter en problemas.

-La chica se viene conmigo.

-No he acabado con ella.

Sinceramente no sé qué ocurrió. Sentí como mis manos se movían solas y, antes de que pudiera darme cuenta, había cogido un plato y le había echado su contenido sobre la cabeza.

-¿iSe puede saber que coño acabas de hacer!?! -gritó con fuerza.

Mi cuerpo se tensó al instante.

Sin decir nada más, me acerqué a la chica que había en el suelo, la tomé del brazo y la saqué del comedor.

Bien hecho Kim. Primer día y ya habías roto varias normas. No trabajar. No hablar con pringaos (aunque siendo sinceros no estaba tan seguro de esto). No mirar a una chica más de diez segundos si no ibas a tirártela. No meterse en problemas.

No hablar con Abby”.

## Capítulo 3

Inspiré profundamente y me pasé las manos sobre las piernas. Intentando secar parte del sudor.

Observé al director en completo silencio, esperando a que me dijera algo. No sabía si el mareo que sentía era por el miedo al castigo que pudiera ponerme o por el hecho de que me había saltado el almuerzo. Sin embargo, me empezaba a encontrar cada vez peor.

Una parte de mí todavía podía sentir la rabia de aquel momento. Y aunque me había metido en un lío, no me arrepentía de lo que había hecho.

Esa chica se lo merecía y lo volvería a hacer si tuviera la oportunidad por muy bonita que fuera. ¿Qué digo? Era preciosa. Desde la primera vez que la vi, me di cuenta de que no podía apartar mis ojos de ella.

Sin embargo, eso no era excusa para lo que había hecho. La belleza del exterior no justificaba lo horrible que podía ser una persona por dentro.

-¿Me va a expulsar? -pregunté cauto.

Escuché como el director reía con fuerza antes de responder.

-Por supuesto que no -soltó-. No voy a expulsarte por echarle un plato de comida en la cabeza a una alumna de este instituto. Lo que no quiero es que se repita, así que lo que haré será ponerte un pequeño castigo.

Arqué una ceja.

-¿Qué tipo de castigo?

-Durante esta semana, acudirás por las tardes a ayudar al conserje y a limpiar los chicles que hay debajo de las mesas del comedor.

Abrí los ojos sorprendido. ¿En serio me iba a obligar a quitar esas cosas? Peor aún, yo no podía perder el tiempo por las tardes tan a la ligera. Tenía que trabajar.

-iPero señor, no puedo venir por las tardes! -respondí-. Tengo que recoger a mis hermanos del colegio -y trabajar.

-Que se encargue otro de hacerlo por ti -dijo mientras firmaba un papel y me lo entregaba-. Tu estás castigado. O lo haces o yo mismo llamaré a tus padres y hablaré con ellos. Recuerda que es un becado, señor Ho, así

que más le vale que no vuelva a meterse en líos.

Ladeé ligeramente la cabeza.

-¿Qué hará con la chica?

-¿La que está herida?

Niego con la cabeza.

-La chica rubia. Abby.

-La señorita Lodge sabe muy bien cuales son las repercusiones de lo que ha hecho, no necesita preocuparse por ese asunto.

Lo miré atónito.

-¿Y la va a dejar irse así sin más? No le va a poner ninguna sanción, ¿ningún castigo por herir a otra persona?

Pareció dudar qué responderme.

-La señorita Logde es un caso especial. Solamente déjelo estar y céntrese en lo suyo.

Abrí la boca, incrédulo. ¿Quería que me olvidara de lo que había sucedido e hiciera como que si no hubiera pasado nada mientras la otra se iba así como así?

-No puede estar diciéndolo en serio -respondí.

El director se acomodó las gafas.

-Lo digo muy en serio. Esto no es asunto suyo, así que váyase a clase y no haga más preguntas.

Apreté los puños con fuerza mientras me levantaba dispuesto a irme. Al final, el único castigado había sido yo. ¡Perfecto! Salvo a alguien y resulta que es a mí a quien castigan.

Me acerqué a la puerta y por un momento dudé de abrirla. Una parte de mí deseaba girarse a él y suplicarle que me quitara el castigo. La otra, deseaba con todas sus fuerzas que castigara a Abby por lo que había hecho.

Aquella chica necesitaba unos azotes. Y no me importaría ser yo quien se los diera. Ahogué un jadeo de solo imaginarla tumbada, encima de mí, sintiendo su piel bajo el roce de mis dedos. Me estaba yendo por las

ramas.

-Señor Ho -me llamó. Me giré con brusquedad esperando que me dijera que me quitaba el castigo, que no hacía falta que viniera por las tardes. Pero, en cambio, me señaló el papel firmado que me había dejado en el escritorio. Menuda mierda.

Me acerqué en una zancada y media y lo tomé antes de despedirme nuevamente. El director volvió a situarse las gafas sobre la nariz por tercera vez.

-¡Joder, tío! La has liado pardísima -exclamó.

Suspiré, hastiado. Lo que menos necesitaba ahora era que alguien me lo recordara.

A lo lejos, divisé a Abby. Se encontraba hablando con una de sus amigas mientras enroscaba su rubísimo cabello alrededor de su dedo. Por un segundo, me pregunté como se sentiría pasar mis dedos entre ellos. Ahogué un grito gutural. Quería tocarla.

-¿Kim? -me llamó Mike, pero yo no quería desviar mi mirada de ella.

¿Cómo una persona como Abby podía hacer que no pudiera apartar mis ojos de ella? Su piel clara, incluso desde la distancia se veía suave, sus caderas y su cintura se marcaban a través de la camisa que usaba y me hacían contener el aliento, una vez más. Y esa falda, ¡Madre Santa! ¿Cómo podían permitirle llevar la falda tan corta? Podía considerarse pecado.

Seguí el recorrido por sus piernas, torneadas y delgadas hasta detenerme en sus tacones. Negros y brillantes, y altos. Bastante. Ella ya de por sí era alta, no entendía para que los llevaba.

Me perdí entre aquellas piernas kilométricas hasta que escuché un fuerte carraspeo acompañado de mi nombre.

Sorprendido y, molesto, me giré hacia Mike.

-¿Qué pasa?

-Eso es lo que me gustaría saber a mí -respondió-. Literalmente te la

comías con los ojos.

Callé.

-Eso no es verdad.

Mike sonrió ampliamente y me miró con ojos ingeniosos y perspicaces.

-Lo que tú digas, amigo.

Me quedé mirándolo unos segundos antes de regresar mi mirada a Abby. Me estaba mirando. Mis ojos se cruzaron con los de ella y pronto, sentía como mi corazón comenzaba a acelerarse rápidamente.

Maldición.

Mantuvimos la mirada durante un buen rato hasta que me vi obligado a dejar de hacerlo, todo por culpa de Mike.

-¿Qué ocurre ahora?

-Te estoy preguntando si vas a venir al entrenamiento tío.

Pestañeé.

-No puedo. Estoy castigado.

Alzó ambas cejas.

-¿Bromeas?

Me encogí de hombros. Era la verdad, no podía ir y punto. ¿Qué más quería que le dijera?

-Por lo visto no le gustó que le tirara comida a la princesa.

Mike se rió fuertemente.

-Lo que me sorprende es que no te hubiera matado ya.

Seguramente no tardaría mucho en hacerlo.

-Tengo suerte -sonreí.

Mike rió con fuerza nuevamente. Luego calló.

-Ya en serio, ¿te das cuenta de que has roto casi todas las reglas de una

sola vez?

Yo diría que todas.

-¿Qué era eso de los diez segundos? ¿Por qué no deberíamos mirarnos?

Mike me miró por unos instantes de volver a reírse.

-¿De verdad te lo creíste? -rió-. Solo nos estábamos quedando contigo, tío. No me puedo creer que de verdad te lo creyeras por un momento. ¿Quién en su sano juicio lo haría?

Al parecer, yo.

-Admite que ha sido divertido -continuó.

-Para ti -inquirí-. Yo de verdad me planteé si me había metido en algún colegio de chicas psicópatas.

Volví a mirar al lugar donde se encontraba Abby. Se había ido.

-¿Y lo de los pringados? -pregunté recordando al chico al que habían golpeado en el gimnasio-. ¿Qué pasa con ellos? ¿También es otra broma?

Mike abrió la boca por un segundo antes de volver a cerrarla.

-Ah, eso -respondió-. Eso no era broma. El equipo tiene una reputación que mantener.

La de los machitos alfa que se creían el ombligo del mundo, pensé, pero no lo llegué a decir en voz alta.

Mike se bajó de la mesa del patio y metió las manos en el pantalón del uniforme gris oscuro. Sinceramente no me gustaban los uniformes. Eran molestos y una forma de impedir la libertad de expresión.

Me puse la mochila en el hombro y lo insté para que caminara delante de mí. Teníamos Algebra y aunque había conseguido hacerme con una chocolatina. Mi estómago rugía pidiéndome más.

Cuando finaliza la última clase del día, todo el mundo comienza a recoger rápidamente. Todos excepto yo.

Gracias a mi pequeña aventura en el comedor, no tenía prisa por regresar a casa. Aunque si terminaba pronto, quizá si me daría tiempo a llegar al trabajo y, con suerte, hacer algunas horas extras.

Me apoyo en el respaldo de la silla y comienzo a tamborilear con los dedos en la mesa mientras organizo mis ideas.

El plan era simple: yo encontraba al conserje, le pedía que me diera lo que hiciera falta para limpiar esos malditos chicles, regresaba a casa a cambiar mi uniforme y hacia horas extras en la cafetería.

Era fácil y simple.

Comencé a guardar las cosas rápidamente en la mochila y la deslicé por mi hombro antes de salir del aula.

Por suerte, no tardé mucho en encontrar al conserje, sin embargo, su larga charla sobre que los jóvenes necesitábamos cuidar más las mesas del instituto y sus lentos movimientos para coger un simple cubo y unas espátulas, hicieron que el tiempo pasara muy lentamente.

Para cuando por fin tenía lo que necesitaba para irme al comedor, ya habían pasado unos cuarenta minutos.

-¡Genial! -espeté mientras abría la puerta de par en par.

-¿Genial el qué? -preguntó una voz fina y dulce, casi como un murmullo.

Al instante dejé de respirar. Sentada sobre una mesa, se encontraba Abby limándose las uñas.

-Pensaba que nunca vendrías.

-¿Qué haces tú aquí? -espeté sorprendido.

Sonrió.

-También estoy castigada cariño, pensaba que era obvio.

Cerré la boca con fuerza. No, no era obvio. Es decir, sí lo era, pero yo pensaba que ella no estaba castigada. Pensaban que se lo habían dejado pasar al ser una de esas niñas ricas.

Abby descruzó las piernas y dejó la lima a un lado mientras se bajaba. Su larga melena cayó hacia un lado, tapando por completo el hombro izquierdo.

-¿Por qué la gente dice que no hay que hablar contigo?

Ella abrió los ojos sorprendida y yo me maldije a mi mismo por no pensar antes de hablar.

Soltó una sonrisa amarga.

-¿La gente dice eso?

Bajé el cubo al suelo sin dejar de mirarla. Abby se encontraba revisando sus uñas antes de soplarlas suavemente, fijando sus ojos cristalinos en los míos.

Cogí aire.

-¿Acaso eres alguna clase de psicópata que va maltratando a la gente por los pasillos?

Vi como contenía una sonrisa.

-Si lo fuera, no estaría en un instituto.

Me mordí la lengua. Cierto, pero no se alejaba demasiado del concepto de psicópata.

-No me hablan porque me tienen miedo. Saben que las consecuencias de molestarme no son buenas. Son unos cobardes -continuó.

-¿Y no te molesta que la gente piense eso de ti?

-¿Siempre tan preguntón, chinito? -preguntó burlona.

La escudriñé con los ojos.

-Soy mitad coreano.

Hizo un sonido con la lengua.

-Lo que sea.

Inspiré profundamente mientras mi mano se cerraba con fuerza sobre la espátula. Aquello no iba a terminar bien. De ningún modo.

Vi cómo se agachaba para recoger algo que se había caído y por un momento me pareció ver tela de su ropa interior a través de sus medias negras. Virgen santa.

Apreté la mandíbula con fuerza y desvié la mirada. Si seguía mirándola, al final no iba a saber que iba a suceder. Estar a su lado era insoportable y no solo por su carácter. Había algo en ella que me hacía imposible no poder dejar de mirarla.

No tardé más de dos segundos en volver a tener mis ojos sobre Abby. Ahora, ella también miraba en mi dirección. No sonreía, en realidad, ni siquiera me miraba, pero al menos no tenía la intención de acabar conmigo.

Vi como pasaba un mechón que se le cruzaba por la cara detrás de la oreja. Sus manos eran igual de delicadas que el resto de sus facciones. Sus ojos me miraron fijamente en silencio.

Por alguna extraña razón, no lograba concentrarme cuando me encontraba cerca de ella. Abby era capaz de ponerme nervioso con tan solo mirarme unos segundos y sentía que eso no era nada bueno.

Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras se acercaba a mí. Podía sentir como mi respiración se aceleraba y como las manos me sudaban. De un segundo a otro, solté la espátula que cayó sobre el frío suelo de mármol con fuerza.

Avergonzado, me agaché para recogerla y al levantar la vista, me encontré con la falda de Abby. Espera, ¿qué?

Me eché hacia atrás, quedando sentado en el suelo. Vi como ella se agachaba para estar a mi altura y, sin dejar de sonreír, puso una mano en mi barbilla.

-¿Estás nervioso chico nuevo? -ronroneó.

Me quedé mirándola sin saber qué decir. El corazón me latía a mil por hora y sentía como el labio me había comenzado a temblar. Un escalofrío, al igual que la primera vez que la vi, me había recorrido toda la columna vertebral. Y, extrañamente, el calor que desprendía su mano me resultaba agradable.

Madre de Dios. Parecía una quinceañera con las hormonas revueltas.

Sin decir nada más, Abby soltó mi barbilla y se levantó del suelo. Podía ver una sonrisa burlona en su rostro mientras se alejaba de mí.

-¡La madre del cordero! -mascullé.

## Capítulo 4

Volví a rascar un chicle que se encontraba muy pegado al borde de la mesa. ¡Menudo asco!

Abby se encontraba sentada en la mesa de enfrente... limándose las uñas. Contrariado, dejé la espátula en la mesa y el chicle que había despegado salió volando hacia mis pantalones. Me lo quité de encima con una cara de asco y luego me levanté a mirarla.

-¿Acaso no vas a ayudarme? -inquirí molesto-. Tú también estás castigada, por si lo habías olvidado.

Abby alza los ojos levemente para mirarme y una débil sonrisa se forma entre sus labios. Enfadado, me acercó hacia ella y me inclino hasta que mi frente queda a escasos centímetros de la suya. Estoy tan cerca que puedo oler un ligero olor a frutas y a tabaco.

-¿Qué te hace tanta gracia? -pregunto.

-Tú.

Siento como mi nariz se arruga y me remuevo incómodo, pero no me alejo. No puedo dejar que vea lo que su cercanía causa en mí. El efecto que tiene en mí.

Sus ojos azul cobalto brillan llenos de vida y por extraño que parezca, hacen que me sienta reconfortado. Me sentía como si estuviera con un amigo cercano con el que no necesitaba las palabras para no sentirme incómodo. Como si estar así de cerca, fuera normal para nosotros.

-¿Tengo cara de ser un mono de circo?

Su sonrisa se amplía.

-Tienes caras de muchas cosas, tesoro.

La observo.

Abby se relame el labio inferior y siento como el mío tiembla en respuesta. ¡Esta chica es un peligro! ¡Policía! ¡Aquí tengo una criminal!

Hay un destello de fascinación en sus ojos y pronto me siento acorralado. ¿Por qué causaba ese efecto en mí? ¿Qué tenía ella que me hacía sentir atraído? Definitivamente esto no era seguro. Estaba caminando en un

terreno minado completamente a ciegas.

Coloco ambas manos sobre la fría base de la mesa, atrapándola del todo. Madre mía, Kim, ¿qué estás haciendo?

Abby frunce el ceño. Evidentemente no le gusta cómo se están tornando las cosas. ¿A qué chica le gustaría que la acorralase un desconocido?

-Muévete -ordena. No me muevo.

La expresión de Abby cambia a una sonrisa socarrona y cruza sus brazos por detrás de mi cuello. El olor a frutas se hace más intenso y más excitante, al igual que el olor a tabaco que me hace arrugar la nariz.

-Si no te mueves, te obligaré a hacerlo -susurra.

Un escalofrío recorre toda mi espalda y algo me dice que su amenaza es cierta. Emito un gruñido mientras me alejo, sorprendentemente molesto.

¿Qué me estaba pasando?

Abby se cruza de piernas y alisa su falda sin dejar de mirarme. Sus ojos, ahora fríos, no emiten ningún sentimiento a pesar de que sonrío.

-No vuelvas a acercarte a mí -responde-. Vuelve a intentar acercarte sin mi consentimiento y no vivirás para contarlo.

Aunque su voz es fría y cortante, sus ojos azules empiezan a brillar de nuevo y pican mi curiosidad. Quería saber más de ella.

-¿Por qué dices eso? -pregunto.

Una sonrisa amenaza con salir de sus labios. Dentro de mí, siento como una sensación de extraña fatiga se forma, pero pronto esta se transforma en algo más tirante. Más escalofriante.

Jugaba con el diablo.

-Pensaba que ya te habían avisado, cielo.

Tragué saliva.

-Lo han hecho -dos veces sin contarte a ti-, pero prefiero juzgar por mí mismo.

Los ojos de Abby brillaron llenos de astucia. Descruzó las piernas y se bajó de la mesa. Retrocedí un paso, pero ella cubrió la distancia rápidamente y se acercó a mí. De nuevo el olor de frutas. ¿Qué tenía con

las frutas?

-Eres muy curioso, ¿cierto?

Me estremezco.

-Solo un poco.

Su sonrisa se ensancha y de alguna forma me siento complacido.

-¿Eso me da puntos? -pregunto con voz ronca y algo sorprendido por mi propia pregunta.

Abby rompe en una sonora carcajada que por un momento se transforma en música para mis oídos. Podría escucharla reír eternamente.

Ahogo un jadeo cada vez más sorprendido por el rumbo en el que divagaban mis pensamientos. ¿Desde cuándo soy tan ñoño?

-Me caes bien -responde sin apartar aquellos ojos azules de mí. Una tensión se formó en la zona baja de mi espalda-. Eres bastante encantador.

Arqueo una ceja, pero no me da tiempo a responder nada. Abby ya se estaba alejando de mí.

Su culo tiene muy buena pinta mientras se mueve al ritmo de la falda. Esta vez veo como se aleja hacia la puerta y se detiene en ella. Cuando mis ojos ascienden hacia su cara. Veo que me está sonriendo.

Me había pillado mirándola.

-Nos vemos Kim.

Me despide con una sonrisa antes de salir por las puertas del comedor, dejándome completamente solo. Y con todo el trabajo para mí.

\*\*\*\*

-¿Cómo va el trabajo amigo? -pregunta la voz de Mike.

Me atraganto con el zumo y lo miro con los ojos abiertos.

-¿Qué?

Mike me mira algo divertido, pero no se cuestiona mi reacción.

-El castigo. Ha oído que estabas castigado con Abby, ¿cómo ha ido?

Hago una mueca.

-Mal -respondo-. Solo apareció el primer día y el resto de la semana me he tenido que encargar yo solo de todo.

Mike termina lo que hay en su bandeja y la hace a un lado. Mentiría si dijera que no estoy enfadado por los últimos días. Se suponía que ambos estábamos castigados, ¿por qué era el único haciendo todo el trabajo?

Cuando había ido a buscarla. Nadie había querido decirme donde estaba. Luego me enteré de que no había venido al instituto desde el lunes, lo cual me parecía muy extraño.

Lo peor de todo es que nadie parece inmutarse. El hecho de que Abby no apareciera por el instituto durante varios días y sin una justificación aparente no parecía ser una razón por la que preocuparse.

Como si no fuera la primera vez que ocurría.

Todo alrededor de ella me parecía extraño. En los últimos días había aprendido más de ella de lo que podía haber llegado a imaginarme.

Abby había resultado ser una persona que atemorizaba a todo el mundo. ¿Cómo una chica que parecía una muñeca era capaz de hacer temblar a la gente con solo ser mencionada?

Su padre era dueño de una empresa bastante grande. Y, por bastante, digo muy grande. Su madre era una diseñadora de moda que se encontraba en continuos viajes. Visto así, sus antecedentes familiares, no se veían problemáticos y vivía cómodamente.

¿Entonces por qué se comportaba si fuera una mierda de persona?

-Es normal que suela desaparecer -respondió Mike mientras robaba una patata de mi bandeja-. A veces podemos pasarnos semanas sin saber de ella.

-¿Y sus padres no le dicen nada? -metí una patata en mi boca.

-No y ella no es la única. Muchos de los estudiantes de aquí viven una vida familiar fría, aunque estén forrados -explicó-. Tu a lo mejor no puedes comprenderlo porque eres un becado y tienes a tus padres cerca, pero muchos de nosotros, incluso desde niños, podemos estar semanas sin verlos debido a viajes de negocios u otras cosas. No todos tienen padres responsables para con sus familias y mucho menos una vida "normal".

-Y supongo que ese es el caso de Abby, ¿me equivoco? -cojo otra patata-. Como sus padres no están en casa, ¿se comporta como una mierda de persona?

Mike se encoge de hombros y cuando intenta volver a robar de mi plato, lo alejo de él.

-Supongo que sí, ¿ella te ha dicho algo?

-No, no lo ha hecho -respondo seco. Mike alarga de nuevo la mano-. ¿Quieres dejar mis patatas? -pregunto dándole un manotazo.

Mike se aleja de mi y se recuesta sobre el respaldo de su silla. Yo me termino la comida que hay en el plato antes de asaltar el postre.

Es cierto que no sabía mucho de Abby. En realidad, no sabía nada de la gente de este instituto. Solo que era un colegio para niños ricos y que yo había conseguido una magnífica beca que podría desaparecer rápidamente si me metía en líos.

Tenía que mantenerme lejos de Abby. Ella era un peligro y lo que sucedió la última vez en el comedor era la prueba de ello.

A lo lejos, mi vista captó al chico que había visto siendo intimidado la primera vez que llegué aquí. Se veía bastante enfadado buscando asiento y algo me decía que no era la falta de sitios. Esto estaba casi vacío.

-Ahora regreso.

Sin esperar a que me responda nada, me levanto y me dirijo hacia el chico. Creo que la gente se me queda mirando porque me siento cada vez más incómodo a cada paso que estoy más cerca de él.

Cuando me acerco, está mirando su bandeja con desagrado.

-¿Todo bien? -pregunto.

El chico es por lo menos diez centímetros más bajo que yo y tiene que alzar la cabeza para mirarme. De pelo oscuro y rasgos afilados, sus gafas

cubren gran parte de su cara.

-Sí, bueno, estaba pensando que la comida de aquí es un asco.

Me río.

-No te lo voy a negar.

-¿Qué quieres? -inquire.

Intento respirar despacio, aunque sé que todo el mundo está atento a nosotros.

-La última vez que te vi estabas en problemas. Venía a comprobar que todo estuviera bien.

-Ah, sí, no te preocupes -respondió mientras caminaba hacia una mesa. Lo seguí-. Estoy bien. Solo son unos idiotas que se aburren demasiado, ya podrían ir a aburrirse a otro lado.

Sonrío. Parece simpático.

-¿Crees que si voy a pedir más comida, me sirvan?

Miró su comida y negó.

-Que va. Los cocineros son unos robots -responde.

Arqueo una ceja.

-¿Robots?

-Sí porque no quieren dar nunca más comida de la que sirven.

-Pensaba que había una que sí lo hacía -mencioné recordando algo que había escuchado cuando entré por segunda vez al comedor.

-Claro, porque es humana, los otros son unos robots.

Antes de que pueda responder, escucho la voz de Mike que me llama a lo lejos. Lo miro.

-Tengo que irme -digo antes de marcharme-. Soy Kim.

-Sebastian.

\*\*\*\*

Le devuelvo las cosas al conserje antes de despedirme de él y salir del instituto. ¡Por fin era mi último día!

Abby no había vuelto a aparecer desde aquella vez y debía admitir que me sentía algo preocupado. Cinco días contando desde el lunes cuando la vi por última vez. Casi no había notado el paso del tiempo y aún así me habían parecido demasiado largos sin ella.

El camino a la cafetería me lleva un tiempo. Lo había buscado lo más lejos posible del instituto, pero, aun así, seguía sintiendo que se encontraba demasiado cerca. La cafetería tenía grandes cristaleras que permitían ver el interior, cómodamente decorada y de colores sencillos, me resultaba un lugar agradable en el que trabajar. Era un lugar bonito.

Cuando iba a entrar, vi que muchas personas me miraban sin ninguna discreción e instintivamente, me miré la chaqueta.

-¡Mierda! -mascullé.

Me la quité rápidamente y la guardé hecha una bola en mi mochila. No podía dejar que nadie se diera cuenta de que pertenecía a un instituto de ricos o los rumores volarían como un rayo.

Giro bruscamente para meterme por la puerta trasera en vez de la entrada y llamar así menos la atención. Cuando estoy dentro, varios compañeros me saludan y yo corro a los vestidores para ponerme el uniforme de la cafetería.

-¿Todo bien? -pregunto a un compañero que está a punto de marcharse.

-Sí, no hay muchos clientes ahora.

Asiento y aligero el paso para comprobar que todos están siendo atendidos. Rápidamente localizo a una pareja que se acaba de sentar y me acerco hasta ellos para tomar sus pedidos.

-Buenas tardes, ¿qué van a tomar? -sonrío.

Anoto en la agenda electrónica dos cafés y un trozo de tarta de avellana y

me giro para preparar los cafés.

Alguien suelta una risita y el pecho se me encoge de repente.

-¿A mí no me vas a atender?

¿Qué cojones? Me giro con mucho cuidado hacia el lugar del que proviene la voz. Justo detrás de la pareja que acabo de atender, una larga melena rubia llama totalmente mi atención. Reparo en sus ojos azul cobalto que brillan con diversión y un escalofrío me recorre por completo.

-No te esperaba aquí -continúa.

-¿Dónde has estado?

Su sonrisa se amplía.

-He estado algo ocupada -responde-, ¿me traes un café?

Asiento y me giro.

-Kim -me llama y yo me detengo al instante.

Espero a que me diga algo, pero, al ver que no dice nada. Me giro hacia ella forzando una sonrisa.

-¿Señorita?

Se relame el labio inferior y por un momento pierdo la concentración.

-Que no esté muy cargado.

## Capítulo 5

Un escalofrío recorre mi espalda y asiento antes de dirigirme a la barra. De entre todas las personas que existen, tenía que encontrarme con ella. Últimamente tengo una suerte horrible. Menuda pesadilla.

No me imagino lo que pasaría si la gente descubre que estoy trabajando en una cafetería. Bueno, en principio perdería mi beca y yo no quiero perder mi beca.

Este instituto me abre muchas puertas y conexiones por lo que es una gran oportunidad que no quiero perder. Necesito hablar con Abby y convencerla de que no me delate. Pero la pregunta es, ¿cómo?

Mientras hago el café con la máquina, miro a la chica que se encuentra sentada frente a mí. Sus ojos no me miran. Se encuentran fijos a la pantalla de su teléfono y rezo para que no le esté contando a sus amigas donde estoy.

Cuando tengo los cafés y el trozo de tarta, me giro de vuelta hacia las mesas de la cafetería. Abby aún se encuentra centrada en su teléfono y no es consciente de que estoy a su lado, lo cual no sé si es bueno o no. Por el rabillo del ojo echo un vistazo a lo que está haciendo. Está mirando fotos en Instagram. ¿Habrá hecho una historia sobre mí?

Los dedos de Abby se detienen en la pantalla y siento como su cuerpo se tensa. Acaba de notarme. Alzo mi mano rápidamente hacia su taza y se la dejo sobre la mesa antes de que pueda decirme algo.

-Aquí tiene su café -digo rápidamente.

-¿Le has echado poco café?

-Sí -contesto. Tengo la boca seca.

Ella asiente levemente y deja su teléfono a un lado. Luego, coge la taza y se la lleva a los labios lentamente. Durante ese tiempo, no puedo evitar fijarme en los pómulos altos y las pestañas negras que producen sombras sobre sus mejillas. Era muy hermosa.

Tan hermosa y tranquila que me costaba creer que fuera la misma persona que conocí por primera vez.

-¿No tienes que seguir trabajando? -pregunta en un tono tan seco que me devuelve a la realidad.

-Yo... -no espero a terminar la frase antes de dirigirme a la mesa de al lado. Solo espero que no se me hayan enfriado los cafés.

Me disculpo levemente con las personas de la mesa y en el tiempo que tardo en erguirme y girarme hacia ella nuevamente. Ya se ha ido.

Una pequeña punzada de preocupación se instala en mi pecho. Ni siquiera me ha dado tiempo a hablar con ella y eso me deprime un poco. Quería saber qué le había sucedido durante esta semana. Luego recuerdo que no sé si me ha pagado el café o no, y esa preocupación se convierte en incertidumbre.

Con algo de vacilación, me acerco a la mesa y miro. Apenas ha bebido de su taza, sin embargo, ha dejado bastante dinero. Deposito la taza en la bandeja que tengo en el brazo izquierdo y seguido, guardo el dinero en el bolsillo del delantal. La propina iría al bote de la cafetería.

El breve encuentro con Abby me hace preguntarme si la veré de vuelta el lunes. Quiero verla, no me voy a engañar, pero me preocupa lo que pueda salir de aquella boquita hasta entonces. ¿Les diré a todos que me ha visto trabajando? ¿Por qué faltó estos días?

Una parte de mí me dice que eso no es asunto mío, que no tengo que meterme en más problemas. Sin embargo, me siento como una abeja atraída por la miel. Una miel demasiado dulce y peligrosa.

\*\*\*\*

En el instituto, me paso por la taquilla de Abby para buscarla. No me costó mucho encontrarla, un par de preguntas a algunos alumnos para no perderme por el camino y ya había llegado. ¿El problema? Que estaba vacía. Abby aún no había llegado al parecer.

Solté un bufido y me apoyé en la taquilla de al lado. El entrenamiento empezaba en diez minutos, lo que me daba solo un margen de cinco minutos para esperarla y salir corriendo a los vestuarios. Estupendo.

Saqué el teléfono del bolsillo del pantalón y busqué el juego de Candy Crush, me encontraba en el nivel 30 y, aunque no era gran cosa, ya se me empezaba a dificultar el juego. Nunca se me habían dado bien estas cosas en realidad, sin embargo, las consideraba una buena forma para matar el tiempo.

Jugué una única partida antes de mirar la hora, apenas habían pasado un par de minutos, pero me sentía como si hubiera pasado una eternidad mientras la esperaba. Me sentía muy nervioso porque no sabía con qué versión de Abby iba a encontrarme.

-No va a aparecer -susurré.

Apagué la pantalla antes de regresarlo al bolsillo y caminé hacia el vestuario. Cuando llego, todo el mundo está vestido y yo corro hacia mi taquilla para cambiarme.

-¿Dónde te habías metido? -pregunta Mike con el ceño fruncido mientras se apoya en la taquilla que hay junto a la mía. Yo me quito la camisa y empiezo a buscar los pantalones para el entrenamiento-. El capitán no ha parado de decir que te habías rajado después de lo que había sucedido con Abby y que no ibas a traer tu culo aquí.

Suelto una risilla amargada. Debía de tener mucho miedo de que pudiera quitarle el puesto si pensaba que me iba a ir por una cosa así.

-Me encontraba paseando por el País de las Maravillas, gracias por el interés -respondo seco, aunque sé que él no tiene la culpa.

Mike se remueve algo incómodo, pero no se va. Es buen tipo.

-Supongo que tenías una razón para llegar tarde, ¿no?

Lo miro brevemente.

-Por supuesto.

Mike espera a que me termine de vestir antes de dirigirse conmigo a los bancos mientras me ato las zapatillas. Sé que quiere preguntarme, pero creo que la falta de una respuesta más elaborada, le da a entender que no quiero que pregunte.

No me gusta esconderle cosas a la gente, pero temo no poder ocultarle que me encontré a Abby mientras trabajaba sin tener que darle demasiados detalles y sin poner en riesgo la posibilidad de que se apareciera algún día por allí.

Siendo sinceros, ¿quién querría ir a ese lugar? Ni siquiera parecía un sitio donde frecuentaban las chicas como Abby. Su sola presencia en la cafetería hacía que pareciera un edificio demasiado vulgar. Era demasiado fina y bien vestida para ese sitio.

Miro a Mike que permanece con la mirada perdida y bajo los pies.

-¿La entrenadora ha dicho algo?

Me mira.

-La entrenadora parece una dragona que echa fuego por la boca -aprieto los dientes con fuerza. Mierda-. Lo mejor es que muevas el culo y acudas al campo antes de que quemé algo.

Me levanto de un salto y corro, literalmente, hacia el campo seguido de Mike. No me apetecía empezar una semana con el sermón de la entrenadora.

Cuando llegamos, ellos ya están en parejas haciendo los ejercicios. Mike y yo, nos acercamos a uno de los banquillos y me tumbo listo para levantar las pesas. Por suerte, solo nos ha mirado mal.

-¿Te das cuenta de la suerte que estás teniendo?

-¿Estás de coña? -pregunto. ¿Dónde veía él que yo tuviera suerte? ¡Si desde que había llegado iba de culo!

-Vale, puede que hayamos olvidado algunos acontecimientos de la semana pasada, pero eso sabes que te lo ganaste.

Bufo.

-Si defender a alguien es una razón para que te castiguen, algo estamos haciendo mal en el mundo.

-Tío no la tomes conmigo, desde que has llegado estás superraro.

Tras decir eso, dejo la barra en su sitio y respiro hondo un par de veces. El calor que desprende mi cuerpo en este momento es la prueba de todo el esfuerzo físico que he hecho en un momento, no obstante, siento que no es suficiente. He perdido una semana gracias al castigo.

Me siento un poco estúpido por seguir con el mismo tema en la cabeza, pero hasta que no solucione de una vez por todas el asunto de Abby, no voy a estar totalmente relajado y listo para pasar página.

La conversación sigue fluyendo de una forma más calmada. Ahora es Mike el que levanta las pesas y yo el que controlo.

Durante el tiempo que está levantando las pesas, me habla sobre su novia y lo poco que se han visto últimamente. Le preocupa que ella se empiece

a cansar de él, pero tampoco puede insistirle todo el tiempo.

Yo cambié el peso de mi cuerpo de un pie a otro mientras lo escucho y, de vez en cuando, le doy mi opinión. Yo tampoco tengo mucha experiencia, no vamos a engañarnos, algunas novias, pero poco más.

Él en cambio, ha estado con su novia dos años y está casi seguro de que la cosa empieza a ponerse fría y que necesita avivar la chispa que hay entre ellos. Menudo romántico. Casi puedo verle vomitar azúcar por todos los lados. Yo ni siquiera sé que es lo que quiero de una tía y él ya está hasta planeando que le va a regalar a su novia por San Valentín.

Por un momento, el recuerdo de Abby y nuestras conversaciones regresan a mi mente. Es cierto que no hemos comenzado con buen pie, pero tengo seguro que no quiero algo más que un polvo con ella.

Era simplemente, demasiado estirada, demasiado creída para mi gusto. Pero al mismo tiempo era... demasiado perfecta. Era como una de las Barbies de mi hermanita y yo era demasiado idiota como para saber cuándo mantener las distancias.

Incluso ahora tenía ganas de volver a verla. Era un estúpido. Abby sabe que existo de milagro, debía tener muchos pájaros en la cabeza si esperaba llegar a formar parte de su vida.

Tras una ducha rápida, me pongo el uniforme y atravieso todo el campus en busca de las taquillas. En especial, la de Abby.

Estar todo el tiempo buscándola me hacer ver que esa chica es tan difícil de encontrar como de tratar. También he notado que las personas empiezan a cuchichear a mis espaldas. Están sorprendidos de que la esté buscando y, a decir verdad, a mí también me sorprende un poco.

Ya me imaginaba siendo dentro de poco el centro de rumores, si es que no lo era ya, claro. Me imaginaba a la gente inventando historias de mí sobre peleas callejeras o aventuras al más puro estilo de película.

Sonreí con suficiencia.

En realidad, no estaría tan mal. Molaría escuchar una historia sobre como rescaté a una chica de las peligrosas garras de la fabulosa Abby Lodge. Me río por lo bajo mientras la diviso frente a su taquilla con un grupo de chicas que supongo que serán sus amigas.

Me detengo a mirarlas. ¿Abby tenía amigas?

Niego con la cabeza. Lo más seguro es que fueran sus esbirras. Eso le pegaba más.

Me inclino a un lado y espero. Espero a que se quede sola para poder abordarla, pero para mí desgracia, sus amigas no se van.

Durante el tiempo que permanezco observándola, me doy cuenta de que su cabello se encuentra trenzado y de que sus zapatos de tacón, usualmente rojos, ahora son tan negros como sus medias. Le queda bien esa trenza.

Veo como una de sus amigas le susurra algo en la oreja y ella se gira ligeramente hacia su espalda. Me ha visto.

Nuestros ojos permanecen fijos durante unos minutos y yo me rasco la nuca, incómodo. Ella no frunce el ceño ni cambia su mirada. No obstante, me da la sensación de que no le causa ninguna gracia tenerme ahí, con los ojos puestos en ella.

¿Le resultaría incómodo que la observasen?

Descarté esa idea rápidamente. Se trataba de Abby Lodge. A ella nada le resultaba incómodo. Apostaría lo que fuera a que en realidad amaba ser el centro de atención.

A nuestro alrededor, el pasillo se está comenzando a llenar de otros estudiantes. Todos pasan lo bastante lejos de Abby, como si intentaran no entrar en su campo de visión. Noto como otros me miran, pero ninguno se atreve a decir nada.

Todos tienen miedo de lo que pueda suceder. Y no los culpo, a mí también me preocupa lo que pueda suceder si entro en contacto directo con Abby. ¿Con qué tipo de Abby me encontraré esta vez si hablo con ella? ¿Con la Abby peligrosa? ¿La picarona? ¿O una versión más tranquila de ella?

Me he dado cuenta de que en un par de veces que la he visto, he conocido más caras de Abby de las que podría haber imaginado. ¿Cómo sería la Abby sincera?

Me remuevo en el sitio y vuelvo a mirarla, pero sus ojos ya no me miran. Están centrados en otra persona. Sigo sus ojos con los míos hasta que encuentro a la pobre alma elegida por Abby. Era una pareja que se encontraba coqueteando muy abiertamente.

Vuelvo a mirarla. Todavía los mira fijamente y ahora frunce el ceño notablemente. Está maquinando algo. Veo como la línea de su boca se

tensa y un escalofrío que recorre mi cuerpo me dice que una tormenta se acerca.

No podía permitírselo.

Antes de darme cuenta, ya estoy caminando hacia ella. Sus amigas me notan al instante y, aunque que me hacen un escaneo de arriba abajo, yo no me detengo. Abby no se ha percatado de que me encuentro a su lado lo que me supone una mayor oportunidad de acercarme sin que monte un numerito.

Alzo una mano hacia su muñeca, obligándola a mirarme y, cuando la hace, me quedo paralizado. ¿Ahora qué hago?

No había pensado muy bien lo que iba a hacer cuando decidí acercarme y ahora que tenía a todo el mundo mirándome, no sé qué decirle. Cojo aire y le digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

-Tenemos que hablar.

Abby alza una ceja, está confundida y lo comprendo. Yo tampoco entiendo que es lo que se me ha pasado por la cabeza. Veo como se recompone rápidamente y se suelta de mi mano. Mientras lo hace, siento una extraña sensación de tristeza al no ser capaz de sentir nuevamente el contacto de su piel contra la mía. ¿Pero a mí que me pasa?

Sonríe.

-No. Tu y yo no vamos a hablar.

Me quedo con la boca abierta. Antes de que pueda responder, sus amigas comienzan a reírse y ella se marcha.

Ni siquiera me da tiempo a seguirla por los pasillos porque soy consciente de que todos han sido testigos de esta bochornosa situación.

Que cojones...

## Capítulo 6

Dejo que su cuerpo golpee contra una de las paredes del pasillo. Nunca pensé que iba a tener la suerte de encontrarla saltándose las clases. ¡Bendita sea la hora que decidió faltar la profesora de Literatura para darnos una hora de autoestudio totalmente libre!

A simple vista no parece inmutarse, pero por como le late la vena del cuello puedo ver que está claramente enfadada conmigo. Estás jugando con fuego Kim.

Nuevamente el olor a frutas y a tabaco me inundan y eso me vuelve consciente de la distancia a la que me encuentro de ella. Estaba jodidamente cerca de su cuerpo. Parecía tan sencillo inclinarse y robarle un beso, que si no fuera porque sabía lo mierda de persona que podía llegar a ser, ya lo habría hecho.

No es hora de pensar en esas cosas Kim, me reprendo. Me estaba jugando la beca y mi futuro con esto.

Se le ha escapado un mechón de la trenza y por reflejo, lo pongo detrás de su oreja en un solo movimiento. No bajo la mano. Sus ojos azules permanecen fijos en mí y sus mejillas se han teñido de un leve color rosado.

Una parte de mí se siente satisfecha por la reacción que mi gesto a producido en ella, pero, aun así, no permito que esto se lleve toda mi atención. Necesitaba zanzar el asunto antes de que sonara la campana y los estudiantes comenzaran a atestar los pasillos.

-¿Se puede saber que estás haciendo? -la suave voz de Abby y su cara de mala leche me devuelven por completo a la realidad.

Obligado, bajo la mano de su rostro. Sé que tengo que alejarme, así que lo hago muy lentamente y dejo que se recomponga en el sitio.

Su ceño se encuentra muy fruncido y algo me dice que en su cabeza ya estaba maquinando la forma de mutilarme y esconder mi cuerpo de forma que nadie pudiera encontrarme.

Dejo que se establezca unos segundos antes de empezar a hablar. Pero, sobre todo, me permito tiempo para pensar en mis siguientes palabras.

Abby no era una chica cualquiera. Con ella no podía mantener una conversación normal sin que saltaran mis alarmas por los aires o sin que se produjera el fin del mundo. Incluso en un apocalipsis zombie me la

imaginaba capaz de espantar a los zombies con una de sus miradas de mala leche.

Esta chica podía ser tremenda cuando quería.

Sus ojos azules rezuman exasperación, lo que me hace aún más consciente de que dispongo de un tiempo límite antes de que de verdad necesite correr por mi vida.

Como ve que yo no digo nada, decide comenzar ella:

-¿Qué quieres Kim? -inquire con un gesto de molestia en la voz.

Au. Eso me ha dolido.

-Necesito hablar contigo -respondo mientras busco sus ojos con los míos. Me gustaban sus ojos porque eran muy diferentes de los míos, negros y comunes. Los suyos, en cambio, me parecían de un azul difícil de comparar con ningún otro que haya visto antes. Quizá podía compararlo con el color del lapislázuli. Le iba bien.

Y tampoco planeaba negarlo, sus ojos me fascinaban.

Doy un paso más cerca de ella si eso es posible y, al ver que ella no hace nada, me inclino hacia su rostro. Estoy tan cerca de ella que puedo sentir el calor que desprende su cuerpo y una sensación de embriaguez que me atonta.

Mis manos buscan las suyas y, cuando las encuentran, las sujeta con fuerza. Sus manos están frías a pesar de que sus mejillas están rojas. Reprimo una sonrisa. Me gustaba esta chica.

Nuevamente me viene el olor a frutas y quiero hundir mi nariz en su cuello y aspirar. Luego lo besaría y lo lamería hasta llegar a su mandíbula y al inicio de sus labios. Donde los lamería y los mordería mientras la besaba. Aprieto los labios.

Me estaba poniendo duro.

Abro los ojos para mirarla. No sé en qué momento los he cerrado. Abby frunce el ceño y un escalofrío me recorre. Sé que estoy perdiendo el norte, pero la imagen de mis dedos enterrados en el espeso cabello de Abby, cayendo como una cortina sobre mi cara y envolviéndome en ese olor a frutas, hace que casi gima en alto.

Tenía que hacerme con ese champú.

-Creo recordar que te dije que no tenía nada de lo que hablar contigo. Así que deja de ser un pesado y quítate de mi vista -responde empujándome para que me mueva.

Retiro todo lo dicho. Esta niña no me fascinaba y en caso de hacerlo, era porque era como un cardo borriquero con muy mal genio.

Me aparté de mala gana de su cuerpo. Estar con ella era un enfrentamiento constante y no solo por su parte, sino por el mío propio. Nunca sabía si iba a desearla u odiarla.

Cuando ella intentó marcharse, le corté el camino. Abby me fulminó con la mirada, pero yo no me moví. No iba a permitir que hiciera lo que ella quisiera. Nos miramos fijamente. Ninguno planeaba dar su brazo a torcer y eso me parecía perfecto. No pensaba moverme de ahí hasta que zanjáramos aquél asunto así que si hacía falta, me iba a quedar hasta el final de la jornada con ella.

Al final, ella es la que se da por vencida. La escucho suspirar molesta y dar un paso atrás.

-¿Qué es lo que quieres, Kim?

La pregunta irritada de Abby me hace temblar levemente. No obstante, no dejo que eso me detenga.

-Es sobre lo que viste el otro día... -veo como ella pone los ojos en blanco y eso me detiene.

-Si a lo que has venido es a que te prometa que no le diga nada a nadie lo que he visto, tranquilo, no era lo que planeaba.

Abro los ojos sorprendido. Eso si que no me lo esperaba de ella. ¿Qué habían hecho con Abby y quién era esta tía?

-¿Lo dices en serio? -pregunto animado. Esto estaba siendo demasiado bueno para ser verdad.

Abby sonrío.

-Por supuesto -continúa, pero esa sonrisa me dice que hay algo más detrás. Veo como se apoya en la pared y mueve la trenza de un lado a otro. Yo sigo el movimiento con los ojos como un tonto-. Con una condición.

Vuelvo a mirarla. Ya decía yo.

-¿Qué condición?

Se relame el labio inferior y mi boca se centra en la suya. Esto se estaba volviendo imposible. No podía dejar de mirar sus labios, tenía que mantener las distancias. Di un paso hacia atrás.

Sus ojos me repasan y se detienen en mi boca unos instantes antes de subir a mis ojos. Ella también quiere besarme, puedo verlo.

-Este fin de semana hay una fiesta en mi casa -responde-. Te quiero allí.

Me echo hacia atrás sorprendido.

-¿Por qué quieres que vaya? -pregunto-. Pensaba que te caía mal.

Sonríe.

-Me caes mal -sentencia.

Y yo voy y me lo creo. Bueno, puede que de verdad lo crea un poco, pero solo un poco. Aunque ella diga que le caigo mal, su cuerpo cuando me ve dice lo contrario.

¡Por favor! ¡Soy Kim Hyun Ho! Puede sonar engreído, pero hasta yo me he dado cuenta de lo que causo en las chicas y, aunque no haya tenido nunca una novia formal, he tenido los suficientes ligues para saber cuándo mi físico atrae a las chicas. Y, señores y señoras, sé que mi cuerpo no ha pasado por desapercibido para Abby.

Sonrío.

-Y yo voy y me lo creo.

Veo como se encoge de hombros y me hace a un lado para pasar ella.

-Di lo que quieras, Ho, pero ambos sabemos que esa sonrisa no durará por mucho tiempo.

Y se va. Joder tío, esta chica me acaba de dejar plantado en el pasillo y ni siquiera he podido decir nada al ver como volvía a contonear las caderas al moverse.

Esto iba a ser bastante difícil si no hacía algo. Abby Lodge me tenía en aquel mismo momento bajo sus garras y yo ni siquiera sabía que hacer. Supongo que no me quedaría más remedio que ir a esa estúpida fiesta. Adiós a mi turno de noche para ir a la casa de una niña rica.

¡Viva la Abbynarquía!

Me dejé caer en la pared que tenía justo donde había estado Abby anteriormente y me quedé ahí hasta que sonó la campana. Tal y como había imaginado, los pasillos empezaron a llenarse de peña rápidamente. Si no me movía de ahí y me daba prisa, llegaría tarde a mi próxima clase. Sin embargo, tenía los pies anclados al suelo. El efecto Abby había sido más de lo que había esperado y ahora no podía dejar de pensar en ella.

Volví a notar como me empalmaba al recordar su olor y las ganas que había tenido de sentir su piel bajo mis dedos. La sola idea de saborearlo me podía.

Respiré profundamente y empecé a contar desde cien hacia atrás. Con suerte esto sería más que suficiente para que se me bajara antes de que alguien lo notara. Pronto mis recuerdos empezaron a viajar de nuevo hacia Abby.

Me mordí el lado interior de la mejilla y me separé de la pared para caminar hacia los baños. Esto estaba siendo una total mierda.

\*\*\*\*

Me paré en seco delante del umbral que daba a la pedazo de mansión en la que vivía Abby. Joder. Si alguien me hubiera dicho alguna vez que pisaría una choza como esta, jamás le hubiera creído.

Dejé escapar un silbido de admiración mientras mis oídos ensordecían con la música más estruendosa que jamás había oído en mi vida. Paseé mi mirada por los jardines de la casa. La gente entraba y salía para hablar al fresco, fumar y gritar. Otros... preferiría ni pensar en lo que estaban haciendo en esos arbustos que había a la derecha del edificio.

Arrugué la nariz y me pasé la mano por el pelo antes de entrar por las dos grandes puertas que daban al interior de la casa. Me había costado mucho llegar allí ya que no sabía dónde vivía. Al inicio pensé que sería igual de fácil que con la taquilla, pero la gente se había mostrado mucho más esquiva cuando pregunté. Quizá no había sido una buena idea venir, sin embargo, no quería tentar a la suerte.

Había conseguido cambiar mi turno de esta noche y en su lugar, mañana tendría que hacer doble turno comenzando desde la mañana. No me hacía ninguna gracia, pero había que aguantarse y hacerlo. El dinero es dinero y

no hay más que hablar.

Abby podía conseguir que faltara a un turno, pero no podía arruinar todo mi futuro o el de mi familia. Mis hermanos dependían de mí. Incluso mis padres dependían de lo que yo ganaba.

Si tan solo papá no hubiera cometido ese error, no tendríamos que habernos mudado en primer lugar. Aunque entonces tampoco habría podido conocer a Abby y, en conclusión, jamás me habría visto obligado a aparecer por una fiesta de estas.

No digo que no me gustaría ser cómo otro chico de mi edad. Es solo que esta gente no me daba buen rollo. El interior de la casa era tan blanco y tan pulcro que, a pesar de toda la mierda que tiraban ellos al suelo, casi podía verme reflejado en él.

Mira que era rica esta chica. Más de una vez vi como un jarrón temblaba ante los tropiezos y movimientos de algunos de los adolescentes que bailaban y bebían y sentí como mi cuerpo se tensaba al verlo. No quería ni imaginar cuánto dinero debía de costar esa cosa y a esta gente ni siquiera parecía importarle. Seguro que ellos podían pagar por otro y reemplazarlo si se rompía, pero yo, como un chico de escasos recursos, podía asegurar qué si esa cosa se rompía por mi culpa, no tendría vida suficiente para pagarla.

Aparté la mirada del jarrón antes de que me diera un patatús. Como siguiera viendo como se tambaleaba, iba a terminar quitándolo de ahí y escondiéndolo en el baño. Aunque quizá el baño no sea una buena opción. No quiero ni imaginar de lo que serían capaces esta panda de borrachos con las hormonas revueltas.

Busqué a Abby entre toda esta gente, sin mucha suerte. Cada vez me parecía que había más personas que cuando llegué y empezaba a cansarme de esta búsqueda sin suerte. Al final, terminé subiéndome a las escaleras que estaban a la derecha de la entrada, solo para ver si tenía una mejor vista del lugar y, para poder encontrar con algo de suerte a Abby.

Retiré a las personas que tenía a mi alrededor mientras me acercaba a la escalera. Una de las ventajas de ser alto era que no tenía que pedir permiso para pasar, aunque fuera lo más correcto, ellas mismas se hacían a un lado cuando me veían y eso me facilitaba mucho la cosa.

Me imaginé que si llegaba hasta arriba podría encontrarla, pero el ver tantas cabezas moviéndose de un lado para otro, hizo que terminara mareándome. ¿Dónde se habría metido esta chica?

Un grito desde el final del pasillo de la planta de arriba se escucha sobre la música alta. No lo suficiente para que más personas pudieran oírlo, pero sí para alguien que estuviera ya en el pasillo.

Como si me hubieran dado una descarga de adrenalina, mi cuerpo se mueve hacia el origen del grito. Mientras me voy acercando, nuevos gritos llenan el pasillo. El sonido de la música se va alejando más y más a cada paso que doy.

-¡Creí haber sido muy clara cuando te dije que te largaras! -ese nuevo grito llama mi atención. Es Abby.

La persona a la que le está gritando le responde. Lo sé porque nuevamente escucho un grito de exasperación de la chica. Cuando llego al lugar donde se encuentran, una chica medio desnuda choca conmigo y se va sin mirarme. ¿Qué cojones?

Miro nuevamente hacia el frente. Abby se encuentra de frente con un chico que le saca por lo menos dos palmos de alto. No puedo verle la cara al chaval porque está apoyado en el marco de la puerta, pero por la cara de Abby puedo suponer que no es bienvenido allí.

-No te lo voy a repetir una vez más -responde Abby con una voz demasiado amenazadora para mi gusto. Eso no era buena señal-. Vete. De. Aquí.

-No quieres que me vaya.

Suelta una risilla irónica.

-Lo que quiero es enterrar tu cabeza bajo tierra.

El chico se inclina sobre ella y eso me molesta. No me gusta que esté tan cerca de ella.

-Ambos sabemos que no podrías.

-No tientes a la suerte, Marcos -espeta.

Escucho como el chico se ríe y tiende la mano hacia Abby. Ella lo aparta de un golpe y retrocede un paso. Creo que era hora de hacer acto de presencia.

Camino hacia ella con seguridad. En cuanto me escuchan, ambos se giran hacia mí. No me habían notado hasta ahora, lo sé porque los ojos de Abby están muy abiertos por la sorpresa.

Sonrío.

-Hola, amor, ¿te hice esperar mucho? -pregunto mientras me acerco a ella y le paso la mano por la cintura, sobre la ropa. Es más estrecha de lo que imaginaba.

La sorpresa de Abby es evidente y no sabe qué responderme. Yo me limito a ver como abre y cierra la boca antes de girarme al chico que está justo delante. Esto se iba a volver interesante. Sus labios están cerrados en una fina línea y por la cara que me echa, sé que no soy bienvenido, pero ¿a quién le importa? Él estaba molestando a mi chica primero.

-¿Quién eres? -inquiero trazando círculos sobre la cintura de Abby. La tela de su camiseta se eleva con los movimientos y pronto toco algo de piel. Vaya.

-Eso no te importa.

Sonrío.

-Todo lo que tenga que ver con ella me importa, así que me gustaría que te fueras.

El chico se aleja del marco de la puerta y se pone en frente de mí. Me sacaba un poco de altura, pero no dejé que la sorpresa se me notara. Tenía que echarlo de aquí antes de que la cosa empeorara.

-Para tu información, Abby es mi chica.

Hago una mueca. ¿Abby salía con este capullo? Si es así, tiene muy mal gusto para los hombres. Le vendría mejor alguien más tranquilo y menos capullo. Alguien como yo, por ejemplo. No me molestaría presentarme a candidato si con eso podía...

-¡Yo no soy tu chica! -le espeta Abby rápidamente. Está algo roja y yo supongo que es por el enfado-. ¡Lárgate de una vez! -continúa.

Me giro de nuevo hasta el chico. Sus ojos azules son afilados y veo que está muy cabreado. Mala señal. No me apetecía meterme en líos y regresar el lunes con un bonito moratón.

-Ya la has oído -prosigo-. Lárgate.

El chico, Marcos creo que se llamaba, fija sus ojos en mí mientras aprieta los puños con fuerza. Algo me decía que el puñetazo iba a llegar pronto. Por el rabillo del ojo veo como echa un pie hacia atrás y, como si la lo hubiera visto venir, aparto a Abby del camino y me echo a un lado,

esquivando el puño. Joder que suerte.

Escuchó a Abby a lo lejos, creo que se ha caído de culo, pero antes de poder asegurarme de que está bien. El chico intenta golpearme una segunda vez. ¿Acaso no sabía que existía una expresión llamada "dialogar"?

Dejó que intente golpearme sabiendo que va a fallar de nuevo, pero no lo esquivo cuando se lanza sobre mí. No me da tiempo a quitarme o a hacer algo cuando se sienta encima de mi cuerpo y empieza a golpearme. Intento quitármelo de encima, pero entre golpe y golpe, no consigo centrarme. Noto como el sabor a metálico aparece pronto. Creo que este cabrón acaba de partirme el labio.

Intento buscar a Abby con la mirada, sin embargo, ella ya no está allí. ¿Me acababa de dejar aquí solo con este idiota? ¡Será perra!

Cansado de recibir golpes, hago acopio de lo que me queda de fuerza para empujarlo a un lado y empezar a rodar con él hasta una pared. Mañana mi cara iba a ser un cuadro en el trabajo. Chocamos con algo y escucho como algo se rompe.

Creo que esto no puede ir peor, si es que eso es posible. Lo tengo debajo de mí, lo que en teoría me da todo el poder y yo lo aprovecho para devolverle lo que le ha hecho a mi cara.

Empiezo a asestarle algún que otro golpe, pero el capullo consigue agarrar mis muñecas y me las aprieta con fuerza. Joder, ¿pero este a qué se dedicaba? Ambos empezamos a forcejear y, de un momento para otro, una gran cantidad de agua helada cae sobre nuestras cabezas y sé que es momento de parar.

Mientras el otro está intentando recuperar el aire perdido, me suelto y me alejo de él. Abby está a mi lado con un cubo y su teléfono en la mano. Se ve desafiante y con una expresión que juraría no haber visto nunca en el instituto.

-Lárgate antes de que llame a seguridad -espeta amenazante y por un segundo, pienso que me lo dice a mí. No obstante, veo como Marcos se levanta y comienza a caminar hacia el otro lado del pasillo sin mirarnos. Sabe que Abby va en serio.

Me detengo a mirar sus piernas que es lo que tengo más cerca, pero no me atrevo a mirar más arriba. Llevaba falda, no me malinterpretéis, como el caballero que era no podía mirar debajo, aunque quisiera.

Abby se aleja de mí y comienza a caminar en la dirección contraria. ¿Ya está? ¿No piensa decirme nada? ¿Ni un "gracias por quitarme a ese idiota

de encima”?

-¿Cuánto tiempo piensas quedarte en el suelo? -pregunta-. Tengo una fiesta a la que regresar así que si quieres que hagamos algo con esa cara llena de sangre, será mejor que levantes tu culo del piso y vengas hasta aquí.

Me giro a mirarla a una velocidad sobrenatural. ¿Abby podía llegar a ser buena? Sin pensármelo dos veces, me levanto y la sigo hasta la habitación en la que había estado antes ese tal Marcos.

Al entrar, veo un montón de rosa y blanco por todas partes. Era un dormitorio.

-Es muy bonito -respondo-. A mi hermana le encantaría -eso era cierto.

-Gracias, aunque puede que tenga que fumigarlo después de que ese cabrón se trajera a otra tía a mi habitación.

Así que a Abby le gustaba el rosa.

-Siempre podemos quemar las sábanas y cambiarlas por otras más nuevas. Es más barato que una fumigación -menciono.

No la veo, pero sé que está sonriendo. Me siento en la cama con dosel, aunque no me ha dicho que lo haga y me sorprende al ver lo grande que es y lo suave que son las sábanas. ¿Esto era seda?

Abby se acerca a mí con un botiquín de primeros auxilios que no sé de donde ha sacado y se sienta a mi lado, dejándolo en medio de los dos. Veo como lo abre y comienza a rebuscar en su interior algo para limpiarme.

-¿No deberías ir a limpiarte esa sangre? -pregunta mientras mira una pomada.

-No sé dónde está el baño.

Ella alza la cabeza para mirarme y, por primera vez en lo que me parecieron siglos, nuestros ojos se cruzan.

-Es la puerta que tienes detrás de mí, ve allí y límpiate, pero no manches nada.

Miro hacia donde me ha indicado y asiento. ¿Tenía su propio baño en la habitación? Sonrío y me levanto. No sé de qué me extraño en verdad.

El baño tiene los mismos colores que el dormitorio, pero las paredes son de mármol blanco. Todo está tan limpio que me da pena tener que limpiarme con una toalla y mancharla de sangre. Así que cojo papel higiénico y me acerco al lavamanos para empezar a limpiarme la cara y los nudillos. Mientras lo hago, reviso mi cara y detecto algunos cortes y algunos posibles sitios donde podrían salirme unos moratones muy feos.

Mojo un poco del papel y empiezo a limpiar rastros de sangre que tengo por todas partes. Por suerte, los cortes son más superficiales de lo que parecían al inicio. Cuando termino, tiro el papel en una pequeña papelera que hay a un lado y camino de vuelta hacia el dormitorio dónde Abby me espera con las cosas listas para curarme.

Vuelvo a sentarme en mi sitio y, sin decirme nada, empieza a curarme. Durante el tiempo que estamos en silencio, aprovecho para repasar su rostro y para asegurarme de que a ella no le pasó nada en ningún momento. Todo en ella está intacto, pero sus labios están tan rojos que no sé si es por el pintalabios u otra cosa. ¿Ese cabrón la habría besado?

-No frunzas el ceño.

Cojo aire.

-¿Qué?

Ella baja las manos para buscar algo que ponerme en la cara y con la que tapar el corte de mi mejilla.

-Llevas un rato frunciendo el ceño, no te queda bien esa cara.

Sonrío.

-Estoy lleno de heridas y mañana voy a tener unos moratones horribles, dudo que pueda mejorar.

Me pega una tirita.

-Puede, pero es tu culpa por meterte.

-Ese tío era un pesado.

-Podría haberme encargado sola de él.

-Lo dudo.

Ahora es ella la que frunce el ceño y sus labios se juntan en una fina línea que indica desagrado. Sus ojos azules se ven más oscuros a causa de la oscuridad de la habitación y es entonces cuando me doy cuenta de que en

ningún momento hemos encendido la luz.

-Me has roto un jarrón -responde.

Mierda.

Abby empieza a reírse y eso me desconcierta. ¿Le hacía gracia que le hubiera roto un jarrón?

-Deberías ver tu cara -prosigue-. Te has puesto muy pálido si es que eso es posible.

-Eso es porque me has asustado... y porque no tengo dinero para pagarlo... -admito.

-Vaya -es lo único que dice.

Abby cierra el botiquín y lo deja en el suelo. Se está mirando los pies y el silencio que se forma me resulta incluso cómodo por extraño que parezca. Aprovecho para estudiar en detalle la situación. Me había enfrentado contra un tío que me sacaba una cabeza de alto por una chica que me consideraba... ni siquiera sabía que me consideraba.

La cosa era que además de no haber podido hacer nada porque, siendo justos, al final era ella quien lo había echado de aquí, yo había roto uno de sus jarrones y no tenía forma de pagarlo.

-¿Por qué me has ayudado? -pregunta.

¿Por qué? Buena pregunta.

-Solo sentí que debía hacerlo.

No la veo, pero algo me dice que está sonriendo. Ella se gira para mirarme y en sus ojos puedo ver una determinación que me abruma. Abby se acerca más a mí y se inclina sobre mi cuerpo. Antes de saber lo que estaba pasando, nos estábamos besando.

## Capítulo 7

El entrenamiento del siguiente lunes pasa demasiado lento para mi gusto. No me siento en sintonía con el equipo y creo que todos se han enterado ya de que me peleé en la fiesta de Abby. Si es que era todo un experto en cagarla todo el tiempo, joder.

Me doy una ducha rápida y dejo mi ropa de deporte en mi taquilla antes de irme a clase. El día siguiente a lo sucedido mis padres se asustaron mucho cuando me vieron la cara. Mi madre incluso quería que pidiera el día libre en el trabajo, pero ya lo había hecho una vez y si faltaba, no me pagarían ese día. Así que me las apañé como pude con el maquillaje de mi madre y lo oculté lo mejor posible. Aunque para qué engañarnos, era totalmente inútil. Se me veían unos cardenales tremendos bajo la capa de maquillaje.

Desde lo sucedido no había vuelto a saber de Abby. Debía admitir que me molestaba. No sé. Después de lo del beso esperaba haber recibido un poco más de atención de su parte, pero en su lugar, lo único que hizo fue volver a esa estúpida fiesta.

Aún podía recordar lo bien que se había sentido ese beso. Sabía a cerezas y alcohol. Raro, pero agradable. Nunca esperé que mi primer beso con ella hubiera sido de aquella forma. En realidad, nunca esperé besarla algún día.

Era cierto que la deseaba. ¿Quién no lo hacía? Quitando su mal carácter, claro.

El caso es que me había gustado. Había querido más y, aunque suene raro, no me importaría llevarme algún que otro puñetazo más a menudo si con eso ella curaba mis heridas. Su toque había sido dulce y rápido, y todavía podía recordar el roce de sus dedos sobre mi piel.

Aquella noche había sido también la primera vez que me había dejado tocarla sin que me mostrara una cara de desagrado, cosa que me gustó.

Cuando llego a clase, me dejo caer sobre una de las mesas y cojo el libro de biología. Algunos alumnos han empezado a susurrar cuando me ven y soy consciente de que aún llevo una cara bastante penosa. Por suerte, el profesor no tarda demasiado en llegar y todos guardan silencio para escucharlo. Una notable diferencia de los institutos públicos.

El almuerzo con Mike es bastante entretenido. Está enterado de lo sucedido en la fiesta con Abby (ni siquiera sé cómo se ha enterado), y me pregunta por mi propia versión de esa noche.

-Joder, tío, tendrías que haber escuchado lo que están contando sobre ti.

Pincho una zanahoria.

-No sé por qué debería de importarme -espeto-. Ellos ni siquiera estaban presente cuando sucedió.

-No, pero aseguran que te peleaste con uno de los ex de Abby. Algunos dicen que intentas tirártela incluso.

Ojalá.

-No deberías hacer caso de todo lo que te dice la gente, podrías comerte un error algún día.

Mike se recuesta sobre su silla y deja las manos detrás de la cabeza. Sabe que le estoy ocultando algo.

-Quizás, pero si tú no me cuentas nada tampoco podré defenderte.

Sonreí.

-No necesito que me defiendan.

-Sé que no eres ninguna princesita joder, pero no me vendría mal saber la verdad de los hechos, ¿no crees?

-Estaba buscando a Abby, la encontré en la planta de arriba, la vi discutiendo con su... ¿ex? y terminé peleándome con él porque no quería largarse, no hay nada más -me encogí de hombros.

Mike enarcó una ceja.

-¿Para qué la estabas buscando?

Mierda.

Abro la boca ligeramente mientras pienso en una excusa capaz de ocultar el hecho de que tenía que evitar a toda costa que Abby contara lo mi trabajo. Por el rabillo del ojo veo a Sebastian caminando con una

bandeja llena de comida. Como siempre, está solo. Era mi oportunidad.

Hago la bandeja a un lado y me levanto instando a Mike para que me acompañe.

-Vamos a saludar a Sebastian.

-No tengo ni idea de quien es, pero vale.

Asiento y camino en dirección hacia él, quién a su vez, se ha sentado en una mesa con varios asientos vacíos. Eso sí que era coincidencia.

A medida que nos acercamos nos notas y yo aparto una silla y me siento bajo su atenta mirada.

-Hola -digo.

Frunce el ceño.

-Hola.

Veo que su mirada se fija con descaro en Mike y me acuerdo de que en ningún momento los había presentado.

-Sebastian, te presento a mi mejor amigo, Mike. Mike, te presento a mi nuevo amigo, Sebastian.

-Yo nunca he dicho que sea tu amigo -responde antes de clavar el tenedor en el filete.

Me inclino sobre mi asiento. Esa respuesta no me la había esperado.

-¿Por qué? ¿Te caigo mal?

-Querido, por si todavía no te has dado cuenta, eres el centro de varios rumores desde que has llegado y todos relacionados con la princesita. No pareces un mal chico, no me malinterpretas, pero como podrás entender, no me interesa que me metan en líos.

Retengo todo el aire de golpe. No estaba siendo justo. Desde que había llegado no me había visto envuelto con ella por que quisiera. Bueno, puede que lo último de la fiesta si hubiera sido cosa mía al buscarme la pelea con ese gilipollas, pero no habría ido de no estar en riesgo mi secreto.

-No estás siendo justo.

-Se siente.

Aprieto los puños y me levanto de la mesa sin esperar a Mike. A pesar de la indignación que recorre mi cuerpo, sé que en realidad tiene razón. Si yo hubiera sido él tampoco hubiera querido acercarme a alguien problemático, aunque fueran rumores.

-Vete a la mierda, Sebastian.

-Oi oi oi, menuda lengua, chico -dice antes de que me vaya.

Cuando llego a mi taquilla para coger mis cosas para la siguiente clase, una chica se acerca a mí. Rápidamente la reconozco como una de las chicas que se juntan con Abby. Sassy creo que se llamaba. A diferencia de Abby, ella es totalmente morena y mucho más baja. Parecía un minion.

-Hola Kim -me saluda.

-Hola Sassy -saludo distraído mientras busco a nuestro alrededor. ¿Abby no estaba con ella?

Sassy hace una mueca.

-Es Susi, pero te lo dejaré pasar porque eres mono.

Ahora soy yo el que hace una mueca. ¿Intentaba ligar conmigo? Pensaba que Abby y ella eran amigas...

-Emm, ¿gracias?

Ella ríe ligeramente y apoya una de sus manos en mis bíceps por encima de la camisa. Yo miro su mano y luego la miro a ella. ¿A dónde quería llegar?

-Me he enterado de lo que pasó en la fiesta de Abby, fue muy amable de tu parte y valiente -menciona suavemente. Ella se acerca un poco más a mí y yo apoyo las manos sobre sus hombros para apartarla.

-Gracias, te agradezco el halago, pero dudo que mi cara diga lo mismo en este instante.

Me giro para coger el libro de Cálculo y ella se mete por delante de mi

taquilla. Mira que era pesada esta Sassy.

-Si quieres podríamos vernos a última hora -prosigue sujetando ahora mi corbata-. He oído que va a faltar el profesor de última hora y tenemos esa clase juntos.

Me alejo de ella y la obligo a soltarme la corbata y a separarse de mi taquilla. Si me hubiera pillado en otro momento, en una época en la que no hubiera conocido a Abby, quizás hubiera aceptado su oferta con mucho agrado. No obstante, ella no podía compararse a mi rubia de piernas kilométricas y ojos azul cobalto.

-Gracias, pero no, gracias -respondo tajante antes de marcharme de allí.

Cuando cruzo la esquina, Abby está junto a la pared con el ceño fruncido. ¿Había visto todo lo que había ocurrido allí? Sus ojos se clavan en los míos y un escalofrío me recorre la espina dorsal. Quiero correr a su boca y volver a disfrutarla como aquella noche.

También quiero que me explique por qué se fue sin decirme nada, dejándome solo en su habitación. ¿Y si le robaba? Vale, no, pero igualmente no tenía que haberme dejado allí. Aunque viendo que todo el mundo sabía lo sucedido, posiblemente hubiera sido ella quien se lo hubiera contado a todo el mundo.

-Hola -suelto. ¿En serio? ¿Eso era todo lo que tenías que decir Kim?

Abby permanece en silencio y da media vuelta para marcharse. Por instinto, corro hacia ella y la paro en seco. Veo como me dirige una mirada llena de odio, pero no me alejo. No quiero hacerlo.

-¿Acaso no vas a decirme nada?

-¿Por qué debería? -escupe-. ¿No tienes nada mejor qué hacer con la señorita de allí atrás?

Mi pecho se hincha de esperanza. ¿Estaba celosa? ¿Eso significaba que tenía alguna oportunidad con ella?

Doy un paso hacia ella y para mi suerte, no se aleja. Eso era buena señal. Veo como se le acelera la respiración y como sus mejillas vuelven a adoptar ese color rosado que me gusta tanto. Puedo ver un ligero brillo en sus ojos que delatan que me desea. Ella también lo desea. Pero es tan orgullosa y tozuda que dudo que lo admita abiertamente si no le doy la incentiva para ello.

Juro que si lo que estoy a punto de hacer sale bien, no volveré a... vale, no sé lo qué haré, pero definitivamente las cosas cambiarán. Ya de por sí,

esto era mucho viniendo de mí porque consideraba que jurar era pecado y yo estaba jurando por ella. Estaba rompiendo una de las reglas que me habían enseñado en la Iglesia.

Dejo que mi mano roce la suya y me inclino ligeramente hacia ella hasta que nuestras respiraciones se mezclan.

-Quiero hacerlo.

-¿Qué? -pregunta absorta y sonrío en respuesta.

-Voy a besarte.

Sus ojos se cruzan con los míos y deja de respirar. Noto como sus ojos cambian y algo me dice que está a punto de alejarse de mí. Que está a punto de levantar esa coraza que lleva siempre encima.

En menos de un segundo, doy un pequeño tirón de su muñeca y la pego a mí. Mi boca roza la suya y ella jadea sorprendida. Punto para mí.

Sus labios se amoldan a los míos y dejo que la sorpresa me lleve por completo. Joder, estaba respondiendo al beso.

A diferencia de aquella noche, este beso no sabe para nada a cerezas y alcohol. Es prácticamente algo más mentolado y echo de menos el dulce sabor de las cerezas. Tenía que pedirle que la próxima vez comiera alguna... aunque sería un juego bastante interesante también.

Sus manos agarran mi camisa ligeramente y el beso se intensifica haciendo que pierda la cabeza. Sus labios son tan suaves como su nuca, la cual estoy rozando justo ahora. El cuerpo de Abby se pega más al mío y yo bajo las manos hasta sus caderas para elevarla y llevarla hacia la pared dónde la estrecho aún más contra mí. Joder, me encantaba esta chica.

Es mala, lo sé, pero hay algo dentro de ella que me dice que puede que no sea así. Que hay algo dentro de ella que la hace ser cómo es, que no es como en realidad la pintan. Me di cuenta cuando fui a esa fiesta. Abby se sentía sola.

Dejo que mi lengua cruce la barrera y se encuentre con la suya sin preámbulos. Durante un tiempo, la suya juega con la mía y sus manos viajaban por mis brazos. Luego, se aleja de mí.

Mi cuerpo entero vibra de decepción cuando lo hace, pero recuerdo que estamos en un instituto y que alguien podría vernos.

-No vuelvas a hacer una cosa así -responde con voz ronca, y se aleja aún más de mí si eso es posible.

-¿Por qué? -gimo-. ¿Acaso no te ha gustado?

Al igual que ella, todavía tengo el pulso descontrolado y estoy seguro de que a ella le había gustado tanto como a mí este encuentro fortuito.

Su respiración parece agitada.

-No vuelvas a hacer eso.

-¿Por qué? -exclamo-. Pensaba que te había gustado.

-Piensas mal entonces -responde cortante, sin embargo, sus mejillas la delatan.

No la entiendo. De verdad que no entiendo a esta chica. ¿Qué no le había gustado? Entonces, ¿por qué había respondido el beso? Si de verdad pensaba que iba a creerla, estaba muy equivocada.

-Y ya que estamos, te agradecería que no me volvieras a dirigir la palabra.

-Tienes que estar de broma.

Dejo escapar un sonido exasperado. No pensaba alejarme de ella tan fácilmente y sé que, en realidad, ella tampoco quería que lo hiciera. Solo necesitaba tiempo para tantear el terreno y conseguir que quisiera salir conmigo.

Me sonrío.

-Yo nunca bromeo, querido.

Le devuelvo la sonrisa.

-Entonces, ya tenemos algo en común, yo no suelo bromear a menudo.

-Lástima que me importe poco.

Reprimo una sonrisa al ver como empieza a molestarse. Ella dice que no le importa, pero sé que no es así. Ella quiere un Kim en su vida.

-Eso ya lo veremos con el tiempo, mi nueva amiga.

Arquea una ceja.

-¿Besas a tus amigos?

Mi sonrisa se amplía al ver que había picado el anzuelo.

-Solo a los más exclusivos.

La reacción sorprendida de Abby es tal y como me la esperaba y en menos de un minuto, me hace un desaire y se va sin decirme nada. Otro punto para Kim.

## Capítulo 8

Cuando llego a la cafetería, busco con la mirada a la ganadora de mi corazón y a la única persona capaz de hacer que todo mi cuerpo se estremeciera con una sola mirada. Una sonrisa de oreja a oreja se plasma en mi cara cuando la encuentro y salgo a su encuentro.

-Hola mi nueva amiga -digo tomando asiento frente a ella.

Ese día, Abby llevaba el pelo recogido en una coleta alta. Seguía igual de preciosa que siempre, aunque me gustaba más cuando llevaba el pelo suelto.

Abby pega un bote de la sorpresa y me dirige una mirada llena de enojo.

-¿Qué quieres?

Sonrío.

-Solo vengo a ver cómo está mi nueva mejor amiga.

-No somos mejores amigos.

-A mi nueva amiga.

-Ni siquiera somos amigos -responde con desprecio a lo que yo resoplo. ¿Por qué tenía que ser tan cerrada de mente?

-Ahora sí lo somos.

-Los amigos no se besan.

Alzo la mano a modo de juramento.

-No volveré a hacerlo.

Abby agacha la cabeza sin decir nada más. La campana está a punto de sonar y su mirada es tan mordaz que casi me hace temblar. Sin embargo, no dejo que eso me aleje. Intento acercar mi mano a la suya, pero ella la aleja rápidamente.

No dejo que se me note la decepción en la cara y, en su lugar, busco sus ojos azul intenso con los míos. Es demasiado guapa para ser real.

Abby se levanta y sale sin despedirse. Yo la sigo. La sigo hasta que llego a su clase y lo que hay al otro lado me impide el paso. Suelto un bufido. No estamos en la misma clase así que no puedo quedarme mucho tiempo

aquí o llegaré tarde a la mía.

Echo un último vistazo al interior mientras veo cómo Abby se sienta en la segunda fila, completamente sola. ¿Y sus amigas? ¿Dónde está su sequito de mala muerte que siempre cuchichea con ella?

-¿Tienes clase aquí, chico? -pregunta un profesor de edad avanzada. A estas altura debería de saber quién está en su clase o no, ¿qué clase de pregunta es esa?

Me alejo de la puerta.

-No. En realidad, ya me iba a mi clase.

-Date prisa, chico, o llegarás tarde.

La tarde en la cafetería resulta igual de tranquila que siempre. El barista que se encuentra al otro lado de la barra me sirve tres tazas de café y yo las pongo en la bandeja para llevarlas a sus respectivas mesas.

Apenas he comido en el almuerzo y me muero de hambre, pero me aguanto lo mejor que puedo y sigo centrado en el trabajo. Primero el curro y después lo que venga.

Es evidente que aún me molesta un poco la actitud de Abby hacia mí. No lo he dicho abiertamente y he intentado no darle demasiadas vueltas, pero es que aquella chica me podía.

Habían sido, qué, ¿dos besos? ¿Acaso no había sentido nada con ninguno de ellos? Porque yo sí. Yo me había sentido en la gloria. Me había sentido como si mi cuerpo hubiera alcanzado un nuevo nivel de éxtasis. Y creo que ella lo había notado.

Joder. Seguro que era por eso por lo que me evitaba. Había notado que me molaba y ahora había pasado a ser una garrapata para ella. Seguro que ahora iba a tener mucho más difícil acercarme.

Madre mía. Si lo hubiera sabido antes, habría creado una estrategia para acercarme a ella. Aunque tampoco sé por qué la lío tanto por una chica que no me gusta. Solo me mola, pero no me gusta.

No obstante, si me gustara, primero me habría presentado como su nuevo amigo. Bueno, como su nuevo mejor amigo. No me hacía mucha gracia el título, sin embargo, era mejor que solo un amigo, un conocido o una

hormiga para ella.

Luego, la habría cortejado sutilmente con pequeños regalos, pero solo porque me molaba. Bueno, quizá lo de los regalos no era una buena idea. No tenía la pasta. Aunque podía hacerle regalos a mano, si es que no los tiraba luego...

Por último, todo entre nosotros dos serían puras rosas y corazones por todos lados. Desbordaríamos tanta azúcar que la gente no podría caminar por los pasillos del instituto y, con suerte, dejaría a un lado toda esa macarrería suya.

Me rasqué la mano después de dejar la bandeja sobre la barra. ¿Me acababa de picar un mosquito?

Dejo caer el antebrazo sobre la misma y me paso la otra mano por el pelo mientras reviso todas las mesas. Todas están ya ocupadas por mis compañeros o han sido atendidas. Todas, menos una.

Me separo rápidamente de mi sitio y a grandes zancadas me acercó hasta la mesa más alejada del lugar, junto a la ventana.

Abby se encontraba nuevamente centrada en el teléfono y yo no podía dejar de mirar su piel color crema, resaltando bajo un escote rojo fuerte. Madre de Dios. ¿Dónde había escondido aquella chica semejantes armas de ataque?

Cuando sus ojos se alzan y se encuentran con los míos, puedo ver como la confusión y la incertidumbre cubren su rostro. Me doy cuenta de que ella no esperaba que hoy trabajara aquí y eso me hace pensar que el destino, después de todo, está de mi lado.

-¿Qué haces tú aquí?

-Trabajo aquí.

Hace una mueca con la boca. Como me gustaría volver a besarla, aunque solo fuera como amigos que se molan.

Una sonrisa se dibuja en los labios de Abby e inconscientemente aprieto los puños. Parecía divertirse a mi costa.

-Deja de hacer eso -aspiro fuertemente.

Abby entorna los ojos hacia mí y apoya uno de sus brazos sobre la mesa haciendo más evidente su escote. Creo que se ha dado cuenta de que no

dejo de mirarlo.

-¿Hacer qué?

-Meterte conmigo.

Una amplia sonrisa se dibuja en su rostro y por un momento creo que se me ha parado el corazón.

-Lo siento, eres tan mono que no puedo evitarlo.

-Prefiero pensar que soy más bien "apuesto" -arrastro las palabras como puedo desviando mi atención hacia sus ojos.

-Veo que te lo tienes algo subidito.

Me encojo de hombros.

-Ya saben lo que dicen: para que los demás te quieran, primero debes quererte a ti mismo.

-Buenas palabras, aunque por desgracia eso no se aplica con todo el mundo. A veces, quererte no es suficiente y, si te quieres demasiado, puedes terminar rodeado de gente que te odia.

-Yo diría que esa es la gracia de la vida. No siempre sabes con lo que te vas a encontrar hasta que sucede algo.

-Puede ser.

Alcé una ceja mientras me inclinaba ligeramente hacia ella. Nuevamente el olor a frutas me impregnaba por completo e inconscientemente, tomé un mechón de su pelo mientras lo enrollaba en mi dedo índice.

-¿Eso significa que tengo razón?

-Eso significa que quiero mi café, con leche.

-¿Poco cargado?

-Aprendes rápido. No tardes -ordena.

Asiento enérgicamente y me dispongo a dar media vuelta. Sin embargo, ya sea por mi torpeza o porque mi suerte se había acabado, me golpeo con uno de los clientes. Por reflejo, me dejo caer hacia atrás mientras me disculpo por lo sucedido. A mi espalda puedo escuchar una ligera risa y

deduzco que es la de Abby.

Se está riendo de mí. Y como no hacerlo si debía de haberlo visto todo en primera fila. Joder. Menudo bochorno, tío.

Me dirijo directo a la barra donde mi compañero me está mirando con una amplia sonrisa. De mala gana dejo la bandeja encima y me apoyo de espaldas, mirando hacia los demás clientes.

-¿Esa es la chica que te gusta?

Ignoro el comentario que me lanza y dirijo mi vista hacia ella. De nuevo está con el teléfono.

El café de Abby no tarda mucho en llegar y, antes de colocarlo en la bandeja miro a mi compañero con expectación.

-¿Tiene poco café?

-Justo como le gusta a tu novia.

Frunzo en ceño.

-No es mi novia -declaro antes de que un extraño pesar se instale en mi pecho. ¿Qué ocurría ahora?

Siento como alguien tiene la vista clavada en mi nuca así que me giro y busco hasta encontrarme con los ojos de Abby, quien me mira muy fríamente. Aquella mirada me corta el calor del cuerpo y por instinto, tomo la taza y la dejo en la bandeja.

-Por última vez, no es mi novia -repito ante las expectativas de mi compañero-. Y, en segundo lugar, esa chica tiene un carácter del demonio así que no cuentes con vivir por mucho tiempo si vuelves a decir una cosa así en voz alta.

-¿Entonces no estáis saliendo?

-No -finalizo.

Una sonrisa se instala en su cara.

-Genial.

## Capítulo 9

-Érase una vez, creo que era martes cuando encontré tus ojos por primera vez. Bueno, érase una vez, una dulce princesa llena de malas pulgas y de cabellos rubios como el oro y ojos azules como el cielo.

-¿Se puede saber qué estás haciendo? -inquirió con un deje de sorpresa. Alcé la mano para detenerla.

-Déjame continuar, estoy en la mejor parte -la frené-. "Érase una vez, una dulce princesa de malas pulgas que tomaba una taza de café en una pobre cafetería escondida de la mano de Dios. La princesa de malas pulgas no sabía que era lo que quería hasta que llegó a la cafetería y conoció a su príncipe. Al principio, lo miraba lanzando dagas por los ojos y, otras veces, le lanzaba rayos por la boca".

-¿Eso es una princesa o un monstruo?

Sonreí.

-Una princesa. La historia va sobre una princesa -respondí trazando el camino desde su boca hasta sus ojos.

-Cualquiera pensaría que tratas de insultar a la princesa.

-No parecería eso si dejaras de cortarme -continué-. Como iba diciendo: "la dulce princesa de malas pulgas no sabía lo que quería, hasta que conoció a su príncipe de cabello azabache y de ojos negros como el carbón".

Abby ladeó la cabeza y jugueteó con su taza.

-¿Y qué pasó cuando lo conoció?

-No lo sé -gemí-. ¿Qué crees tú que pasó?

Sus ojos evocaron sobre los míos. Había sido una locura sentarme en su mesa durante el descanso, pero el magnetismo que me atraía a ella me hacía imposible el no acercarme. Tenerla lejos cuando estaba tan cerca, me dolía demasiado. ¿Cuándo te habías metido tanto en mi corazón, Abby?

-No lo sé -tanteó sin apartar la mirada, en sus labios se dibujó una débil sonrisa coqueta.

-El príncipe rescató a la princesa -concluí.

La sonrisa de Abby se amplió y acercó su rostro y su mano a la mía.

-Tal vez el príncipe quiso rescatar a la princesa, pero lo que él no sabía es que la princesa podía salvarse sola -susurró muy cerca de mi cara-. No soy una princesa, Kim, y este no es un cuento de hadas dónde el príncipe viene a salvarme. Yo puedo salvarme solita -y se alejó.

-Y no lo dudo... -respondí escuetamente. Me había dado de bruces en la cara con mis propias palabras y encima en medio de la cafetería. Solo a mí se me ocurría hacer semejante tontería en mi tiempo libre en el curro.

Vi cómo Abby sacaba un billete de un dólar y lo dejaba sobre la mesa. Acto seguido, cogió su bolso y se levantó de la mesa.

-Hasta mañana, Kim.

Estaba a punto de irse, la estaba viendo marcharse, pero las palabras no salían de mi boca. No sabía qué decirle para que no se fuera.

-¡Kim! -me llamó mi compañero-. ¡Tu turno comienza en cinco minutos!

-Mierda.

Abby salió por la puerta de la cafetería y, por impulso, salí corriendo detrás de ella. En el exterior, las calles estaban abarrotadas, pero por ningún lado veía su coche de lujo. ¿Había venido andando? No. Abby no haría eso. Seguro que tenía algún chofer por ahí esperándola.

A lo lejos vi como la rubia seguía caminando hacia el frente y corrí detrás de ella. Tenía menos de cinco minutos para inventarme algo decente.

Agarré su brazo y ella me miró. ¡Mierda! No sé qué decirle.

-Esto... ¿me das tu número? -fue lo único que alcancé a soltar. ¡Genial, Kim! Tu pide imposibles que para infartos no llegas... Ahora pensará que soy subnormal.

Abby se soltó y sin decir nada, sacó un bolígrafo de su bolso y cogió mi brazo. En menos de unos segundos, sentí como algo me hacía cosquillas y unos números se veían reflejados en mi brazo.

-Solo no me molestes demasiado -fue lo último que alcancé a oír antes de que se fuera.

-Ay la madre...

No me lo puedo creer. Acababa de conseguir su número, así, de gratis. ¡Y no me había puesto pegatas! ¿Quién decía que no valía cómo tío? ¡Que me hagan una ola! ¡Lo que sea! Que yo acabo de conseguir el número de la reina del hielo y ¡no me ha puesto pegatas!

Bendito sea este día, que es mi día de la suerte. A partir de ahora, los martes son mi día de la suerte.

-¡Kim! ¡Tu turno ya ha comenzado así que mueve tu blanco culo adentro!  
-me gritó el gerente desde la puerta de la cafetería.

Yo corrí sin decir nada hacia el interior. Ni siquiera un gerente con mala hostia podía arruinarme el buen día.

-¿Y tú de qué sonríes muchacho?

-¿Le gustan las rosas y las azucenas?

-¿Qué?

-No importa -respondí recogiendo la bandeja de la barra.

-Has perdido la cabeza, muchacho -respondió el gerente y yo no se lo iba a negar.

Había perdido la cabeza. Y la razón tenía un nombre: Abby.

**Kim 07:56**

**Hola, mi nueva mejor amiga, ¿lista para un nuevo día?**

Tras mandar el mensaje, observé con detenimiento la pantalla durante al menos unos diez minutos. Seguía en línea, pero no me respondía. ¿Habría llegado ya el profesor a clase? En realidad, siendo Abby dudaba realmente que le importara que hubiera un profesor en clase incluso si tenía que responder un mensaje.

Me deprimía pensar que simplemente no quería responderme, pero oye, me había dado su número, ¿no? Al menos me gustaría pensar que de

verdad me había dado su número.

Siento un peso extraño en el pecho que me hace sentir mal. De verdad me apetecía hablar con ella, aunque fuera para que me diera los buenos días. Me conformaría con un simple "día". Incluso un emoticono sería más que suficiente, tampoco pedía tanto.

No puedo sacarme el día de ayer de la cabeza. No dejo de pensar en ella y en el poco tiempo que pude estar a su lado en la cafetería. Sé que el amor a primera vista no existe, sin embargo, no podía negar la atracción que sentía por ella. Y sabía que eso era mutuo. Que ella sentía lo mismo que yo por ella. Joder si nos habíamos incluso besado. ¿Por qué se empeñaba en alejarse de mi entonces? ¿Acaso huelo mal?

Discretamente incliné mi cabeza hacia mi hombro derecho e inspiré. Olía a jabón y desodorante. Me había duchado después del entrenamiento, así que evidentemente no podía ser eso. Cuando volví a situarme correctamente en mi sitio, miré hacia el frente. Sebastian me estaba mirando a unos dos sitios que tenía justo en frente y en mi derecha. Ups. Me había pillado.

Veo como frunce el ceño y me hace una mueca como diciéndome "qué asco" antes de mirar hacia el frente. A este paso no le voy a caer bien nunca a él tampoco.

Sigilosamente cojo el teléfono y escribo.

**Kim 08:05**

**Si no respondes, tendré que ir hasta tu clase a saludarte.**

**No hay respuesta.**

**Kim 08:06**

**Vale, quizá no vaya hasta tu clase, pero sí que te molestaré muuuuuchooo.**

**Abby 08:06**

**Kim, ¿me harías el favor de callarte?**

**Kim 08:06**

**¿Eso significa qué tengo tu atención?**

**Abby 08:06**

**Eso significa que intento poner atención a clase. Y, por ende, tú también deberías. Por si lo has olvidado eres un becado. Estudia y déjame en paz.**

A eso lo llamo yo poner los puntos sobre las ies... Al menos se preocupaba por mí, en cierto modo.

Me mordí el interior de la mejilla.

**Kim 08:08**

**Está bien. Te veo en el comedor.**

Una vez envió el mensaje, apago el teléfono y lo guardo en el bolsillo. Siento como vibra en mi pierna, pero me niego a cogerlo. Si sigo hablando con ella, al final nos meteremos en un lío y estoy seguro de que entonces no me lo perdonará.

¡Viva la Abbynarquía! ¡Y viva esos ojos azules!